





ANTOLOGÍA

Lee mientras viajas

© José Agustín, Bernardo Fernández BEF, Efraín Huerta, Mónica Lavín. Guadalupe Loeza, Cristina Pacheco, Elena Poniatowska, Vicente Riva Palacio y Paco Ignacio Taibo II.

Mayo 2011

Ésta es una publicación de ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

www.brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores: Daniela Campero

© De la edición: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

Editor: Para Leer en Libertad A.C.

Atlixco 163, Col. Hipódromo Condesa, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06170, México, DF.

Mayo 2011

Primera Edición

ISBN en trámite

Co-editor: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V.

Calzada Ignacio Zaragoza número 200, Colonia Siete de Julio, Delegación Venustiano Carranza, C.P. 15390, México, Distrito Federal.

Mayo 2011

Primera Edición

ISBN en trámite





INTRODUCCIÓN

Leer es divertido, alivianado, estratosférico, simplemente genial. Leer causa placer, aventuras, adicción, sueños y hasta emociones fuertes. Lo único que te puede ocurrir leyendo es que conozcas más de otras partes y otras personas. Y es que los libros son los mejores compañeros en la soledad, mientras viajas, y mientras descansas.

Es un gusto para ADO GL y la Asociación Civil “Para Leer en Libertad” el haber hecho realidad esta primera edición de la Antología ADO GL. A través de estos libros queremos contribuir conjuntamente con un granito de arena al fomento de la lectura en México. Queremos que nuestros pasajeros viajen, lean y conozcan un poco más de nuestros escritores mexicanos que son reconocidos por su importante trayectoria en el mundo de las letras. ADO GL y Para Leer en Libertad, estamos orgullosos de unir nuestras fortalezas para impulsar este programa tan importante para nuestro querido México, de esta manera cada uno de nosotros logramos nuestros objetivos planteados, para ADO reforzar su enfoque de Responsabilidad Social Empresarial y Para Leer en Libertad el hecho de vincular, a un mayor número de personas con los libros y la creación literaria de sus autores.

Gracias a los libros aprendemos a creer en lo imposible, a desconfiar de lo evidente, pero sobre todo a venerar las palabras. Algunas más pequeñas que otras, todas diferentes. Sus autores las escribieron esperando que tú las leyeras y las disfrutaras. Todo lo que necesitas es separar las páginas, elegir una historia y hacer lo que millones y millones de personas han comprobado a lo largo de la historia:

leer produce placer. A nuestros clientes les aseguraremos y les ofreceremos una nueva opción cultural para disfrutar mientras viajan. Esperen nuestra siguiente edición que estará llena de nuevas experiencias literarias. Y no lo olvides... **Lee mientras viajas**

Ignacio Montero Rodríguez,
Gerente Comercial Servicios de Lujo ADOGL

Paloma Saiz Tejero
Para Leer en Libertad A.C.

ÍNDICE

<i>Llenos de confianza lo miran</i> José Agustín.....	11
<i>Leones</i> Bernardo Fernández BEF.....	21
<i>Selección de Poemas</i> Efraín Huerta.....	29
<i>Intromisión</i> Mónica Lavín.....	39
<i>Carlos Monsiváis/Agustín Lara</i> GuadalupeLoeza.....	51
<i>Sólito</i> Cristina Pacheco.....	61
<i>La máquina de coser/ Selección de Poemas</i> Vicente Riva Palacio.....	69
<i>800 fábricas y talleres totalmente destruidos</i> Elena Poniatowska.....	85
<i>Tláloc</i> Paco Ignacio Taibo II.....	95



Llenos de confianza lo miran

José Agustín

A Jorge Fons

Desde la mañana de ese día, cuando despertó, Carlos resolvió que ordenaría todo el material. Su esposa y sus hijos se fueron a las seis de la mañana, en un autobús a Cuernavaca, pero él no quiso acompañarlos a la estación “porque tenía que trabajar”. Pero una vez que se halló solo, con la mesa de trabajo iluminada por la luz que se desdoblaba en el jardín, Carlos no pudo contender con las cuartillas y sólo encontró la primera irrupción de fastidio. Las ideas se deslizaban por su cabeza y no tenían consistencia para fijar un principio a partir del cual trabajar. Carlos se disculpaba pensando que cualquiera cosa era fácil de ordenación, pero no la propia vida de uno. En el momento en que trataba de establecer un principio, “el primer recuerdo de mi niñez, digamos”, para partir de allí linealmente, su atención rehusaba ser sometida y, en cambio, su memoria se desriendaba, sin orden, se hinchaba de intensidad y las imágenes poblaban la oscuridad, reverberando, con una lluvia de color.

Durante el transcurso de ese día no pudo trabajar y ni siquiera logró leer, “para dar reposo a su espíritu”, pues la intranquilidad lo hacía ponerse en

pie, rondar por su cuarto- estudio y maldecir porque el día transcurría con más lentitud que nunca; los instantes abarcaban el reconocimiento cabal del estudio: los muebles, el ventanal y el jardín bajo la luz blanca, brillante, con que el sol penetraba en la habitación.

Cuando el sol se puso, Carlos fue al pequeño jardín cuadrangular de su casa y allí confundió el orden prodigioso del crepúsculo con una pantalla abovedada donde se proyectaban sus nebulosidades. Se estremeció, por dentro y por fuera, al advertir que, sin haber trabajado se hallaba más fatigado que nunca; su libro, que debía ser un opus liberador, se había vuelto agotador la soledad infestada de ruidos uniformes que le permitía consecuentar su irritación.

Y sin embargo, cuatro años antes, comenzar “la obra” le ofreció entusiasmo, dinamismo y energía; durante esos cuatro años escribió sin fatiga pequeños fragmentos de su vida sin preocuparse por ordenarlos, pues juzgó que eso lo podría hacer, y con facilidad, al final. Pero ahora el trabajo parecía inerte y él pensaba que en realidad toda su vida había sido hallarse dormido, soñando que estaba despierto, y que eso le impedía despertar.

...Fuera del tiempo, del espacio: en un silencio sin morada que engullía la progresión de los segundos y se transmutaba en una profusión caótica, interior. Que fatiga. Eran ya las doce de la noche y las cuartillas desordenadas formaban una mancha blancuzca. “Veremo si mañana puedo ordenar esto”, pensó, y se puso en pie, con una sombra de alivio. Y en ese mo-

mento la fatiga se desvaneció y Carlos se descubrió inquieto, con una extraña energía. “No voy a poder dormir”, creyó, “sólo eso me faltaba.”

Ya había apagado la luz cuando la idea repentina de que esa noche iba a morir punzó su mente, la hizo cimbrarse. La sensación fue tan terrible y fulminante que Carlos tuvo que erguirse, alarmado, abriendo los ojos para que el terror que lo sobrecogió saliera a través de su mirada para perder intensidad en la oscuridad de la habitación. Volvió a recostarse, irritado por haber saltado ante la idea de morir. “La muerte debe de ser una convicción fulminante”, pensó. Cerró los ojos. La negrura en la que se fundió fue reconfortante, y de nuevo llegó a él la pesadez, el cansancio que se manifestaba como una vibración hormigueante resbalándose por sus pies. Pero la fatiga, en ese momento, fue bienvenida. En fracciones de segundo, o eso creyó al día siguiente, ya se había dormido. Y por primera vez en muchos años Carlos tuvo un sueño que recordó sin dificultad.

Primero aparecieron cortinajes cuyo color poseía tanta definición que podía advertirse hasta el tejido más enmarañado y microscópico. Esos cortinajes, color índigo, se agitaron ominosamente y luego se descorrieron para mostrar más cortinas que fueron sucediéndose y mostrando otras de color violeta, marrón, negro, blanco, anaranjado y rojo. La última cortina que vio fue amarilla, bañada con una luz profusa y brillante. Ésta se descorrió también y tras ella apareció una habitación espaciosa, limpia,

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

con pocos muebles, llena hasta el último rincón de la luz violenta de un mediodía en solsticio de verano. Carlos veía esa habitación desde un lugar imprecisable, el aire mismo, como si él fuera un átomo de conciencia que observara la escena.

La luz penetraba en el cuarto a través de un ventanal enorme, de suelo a techo y de pared a pared, que permitía ver un jardín delirante de vegetación; grandes ramajes acentuaban, con su sombra benéfica, la brillantez solar en los verdes del pasto y del follaje.

En el jardín se encontraba un hombre, de espaldas; su pelo era largo, ralo y canoso, como el de Carlos; vestía una bata blanca, y Carlos supo, sin tener fundamento para ello, que, como él, ese hombre era escritor. El hombre alimentaba a un animal muy pequeño, pues no se le veía, aunque parecía moverse con rapidez.

De pronto, el animal corrió a las enredaderas enmarañadas de la pared y trepó hasta lo alto de la barda, donde su silueta se recortó con una precisión focal insuperable. Carlos creyó que se trataba de una lagartija, pero después tuvo la idea, exacta y alarmante, de que era una salamandra.

El hombre que se hallaba de espaldas se volvió, para entrar en la habitación, y Carlos, que seguía contemplando, sintió que un fuego consumía su aliento y que la percepción del sueño crecía de intensidad hasta convertirse en dolorosa. El hombre de la bata blanca era igual, en todos sus detalles,

a Carlos. “¡Es idéntico a mí!”, pensó, cada vez más agitado.

Durante el día que siguió, Carlos volvió a la inactividad del previo, pero algo había cambiado radicalmente. La completación de “la obra” se había relegado a un segundo plano ante la sensación que lo intoxicó. El sueño había llevado consigo una agitación luminosa que regalaba energía nueva y que hizo que Carlos pasara el día en el jardín de su casa, ensayando averiguar por qué un sueño lo ponía en estado semejante. Advirtió que sólo de niño había vivido sueños que lo impresionaron hasta perder el aliento, pero aunque esas imágenes pugnaban por ascender, aunque tocaban el umbral de su conciencia, él no las podía recuperar por más que se esforzara.

Prefería reconsiderar “su” sueño. No lo abandonaba la idea de que su cuarto y su jardín eran gemelos a los del “otro”, a esa habitación aireada y luminosa y al jardín sangrante de luz donde se había visto ¿a sí mismo? Pero no podía ser él mismo, puesto que él, aunque no se hallara presente como imagen en el sueño, había visto, había sido testigo y... sí, en realidad Carlos, “el verdadero Carlos” en el sueño, había sido como un punto de conciencia en el aire. Todo le gritaba que ese hombre existía, vivía en otra ciudad lejana y maravillosa. Allí radicaba la razón de su desasosiego: el sueño le había informado la existencia de alguien, en otra esquina de la realidad que era él y no era él.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

A la medianoche se acostó pensando que quizá durante el día siguiente, “ahora sí”, podría emprender la parte final de “la obra”. Lo que experimentó antes de dormir casi fue paz. Tuvo la idea, que resonó con insistencia, de que esa noche volvería a soñar con “el otro”, pero juzgó absurda la presunción; esa idea, aunque lo deleitaba vivamente, no cabía en los cajones de su mente y la desechó en el acto porque, además, el sopor se hallaba venciendo la excitación de toda la jornada.

Lo primero que recordó al día siguiente fue la luminosidad de la habitación. El jardín brillaba en ese mediodía de verano y dentro del cuarto- estudio, a través del ventanal, todo se manifestaba con una claridad desusual, perturbadora, iridiscente. Carlos, quien de nuevo contemplaba la escena como un espectador incorpóreo, un punto de luz lleno de ojos e integrado en la diafanidad del aire, se sorprendió al ver la nitidez de la figura del hombre idéntico a él. Parecía a punto de llevar a cabo algo decisivo; después, con aire de concentración, salió del estudio y recorrió las distintas partes de su casa, techos altísimos y paredes blancas, relucientes, que reflejaban con violencia la luz del mediodía. La justeza del mobiliario y la sencillez por doquier despertaban en Carlos deseos de vivir en una casa semejante y de caminar en ella con el paso seguro, resuelto, de quien sabe exactamente qué debe hacer y quien, con diligencia pero sin apresuramientos, lleva a cabo sus planes.

El otro abrió una puerta y entró en una habitación. Allí se encontró con una mujer joven, tan bella que Carlos, al mirarla, creyó que se asfixiaba. Los dos hablaron en un lenguaje extraño formado por palabras ricas en vocales, de ritmos nobles, que fluían sin obstrucción. La mujer se apoyó, unos instantes, en el hombro del otro. Y Carlos se conmovió intensamente, casi hasta las lágrimas.

...El otro descendió una escalera y llegó a la calle, donde las paredes reflejaban cegadoramente la luz del sol. Al pie de la escalera había un automóvil, amarillo también, y el otro subió en él.

Después Carlos vio que el doble recorría una carretera solitaria, perfectamente trazada, con la superficie uniforme y una raya blanca, destelleante, en el centro. La carretera descendía una montaña poblada por pinos de follaje carmesí. El automóvil bajaba la montaña con suavidad pero también velozmente, se integraba a la perfección en el paisaje, que parecía estático a pesar del movimiento del auto y de la mirada de Carlos que se desplazaba.

...El cielo, despejado de los horizontes a la cúpula, sobre cimas y valles, paisajes siempre cambiantes. Carlos tuvo la idea de que el tiempo se había detenido mientras el automóvil atravesaba ríos, rodeaba lagos, ascendía montañas, rebasaba desiertos y depresiones, porque el cielo siempre se hallaba despejado en toda su vastedad y su azul era tan intenso que sólo podía verse con los ojos entrecerrados. “Demasiada luz para mí”, pensó Carlos.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

El sol no se movía de su cenit, pero el auto amarillo dejó atrás poblados, ciudades, desiertos, bosques y ciénagas hasta que repentinamente se encontró recorriendo la carretera que entraba en la ciudad donde Carlos vivía. Y una vez allí, el automóvil siguió una ruta que para Carlos fue siendo cada vez más nítidamente familiar. ¡Era la ruta que él mismo seguía para llegar a su casa! El corazón de Carlos pareció detenerse unos instantes penosamente eternos hasta que, de pronto, latió con unos campanillazos desquiciados. Ese hombre se dirigía a la mismísima casa de Carlos.

La sola idea lo exaltaba hasta el frenesí y más que nunca sintió que el auto, a pesar de que avanzaba velozmente las calles de la ciudad, parecía quieto, inmóvil: flotaba simplemente... El auto continuó acercándose cada vez más a casa de Carlos, y él supo que su cuerpo dormido ardía, el sudor empapaba ya las sábanas donde yacía; todos sus músculos se hallaban contraídos, tensos, en la frontera de lo tolerable, y así se subrayaban los latidos locos de su corazón.

El auto amarillo finalmente se detuvo frente a la casa de Carlos. Allí el día también era soleado y brillante, y la calle parecía apacible, sin transeúntes, incendiada por la luz de mediodía de verano que se derretía en los autos, en los árboles de la acera y en las fachadas de casas y edificios.

Carlos vio que el otro bajaba del auto y, con paso firme, subía los peldaños que llevaban a la puerta de su casa. El otro entró en ella como si lo hiciera

en su propio hogar. Conocía bien el área pues avanzó sin dudas. Carlos lo vio dejar atrás el vestíbulo, la sala, el comedor y las habitaciones. Todo se hallaba lleno de luz. “Viene hacia mi cuarto”, pensó Carlos, y quiso moverse, hacer algo, pero se hallaba petrificado.

El otro se dirigía a él. Ya se encontraba frente a la puerta de la habitación- estudio. Carlos tuvo la conciencia renovada de que se hallaba dormido y de que por eso no se podía mover, no podía huir, porque ahora quería huir, y trató de despertar, pero no pudo.

...La mano del otro hacía girar la perilla de la puerta, “¡Viene hacia mí!”, pensó Carlos, en un hálito y luego vio, ya casi con los ojos del otro, su propio cuerpo dormido, tieso, sudoroso, en posición fetal. “¡Qué desagradable!”, se alcanzó a decir. El otro ya había avanzado, con pasos rápidos pero silenciosos, como si no pesara, como si flotara, y se colocó en el centro del cuerpo que dormía. Fijó sus ojos en él. “¿Qué quiere?”, se preguntó Carlos, luchando aún por despertar, “¡Quiere hacerme daño! ¡Me va a aplastar!” Carlos se debatió con violencia, pero sólo fue en su mente pues su cuerpo continuó rígido y sudoroso. La mirada y la presencia del otro lo traspasaban y lo incendiaban. “¡Si tan sólo pudiera despertar!”, pensó, aterrado.

El otro parecía muy alerta, los ojos y los oídos prestos a percibir cualquier movimiento. Estiró la mano. “¡Me va a tocar! ¡Me va a tocar!”, pensó Carlos, pero, de repente, supo: “Él va a despertarme”. En ese

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

momento exacto los dedos del otro hicieron presión,
firme y suave, sobre el centro de la frente de Carlos.
Y Carlos despertó.

México, DF, julio, 1974.

**(Tomado del libro *La mirada en el centro*, editado
por Joaquín Mortiz)**

Leones

Bernardo Fernández BEF

Ahora huimos, nos escondemos en la oscuridad, nos alejamos de la luz del día. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en que ellos fueron nuestra plaga.

Los primeros leones aparecieron en los parques públicos. Siempre se refugiaban bajo la sombra nocturna, escondiéndose donde los árboles espesaban y los pastos crecían lo suficiente como para ocultarlos.

Huían de nosotros, intuían que éramos los responsables de que su hábitat hubiese desaparecido, que fuimos quienes los llevamos a un cautiverio que pronto excedió su capacidad para albergarlos.

En un principio nos llamó la atención la súbita disminución de perros callejeros en la ciudad. Pasado un tiempo, comenzaron a aparecer sus huesos roídos esparcidos cerca de los jardines públicos. Como siempre, no les pusimos atención hasta que fue tarde.

Si hubieran sido una especie en peligro de extinción como los gorilas, el oso panda o los manatíes seguramente nuestros parques se habrían peleado por tener ejemplares en sus jaulas. Pero había sobrepoblación de leones.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Así que empezaron a lanzarlos a la calle.

El proceso fue así: a todos los zoológicos de la ciudad les llegó una orden de muy arriba ordenando la eliminación de los leones excedentes con el argumento de lo caro que es mantener demasiados ejemplares de una especie tan conocida y de nulo interés para los visitantes.

Allá fueron docenas de felinos sacrificados con el propósito de mantener los presupuestos dentro de los límites de lo razonable.

La medida fue abandonada al poco tiempo ante la dificultad de eliminar un predador de tales dimensiones; los costos de semejante operación daban al traste con las intenciones de ahorro originales, sin considerar las protestas del departamento de limpia, cuyos trabajadores se negaban a disponer de los cuerpos felinos, ni el rechazo de los pepenadores ante el mal sabor de la carne de león.

Pero las órdenes se acatan, no se discuten.

Así fue como los primeros leones acabaron de garritas en la calle, eliminados clandestinamente en mitad de la noche, cerca de los parques públicos donde pudieran al menos depositar sus heces sin que se notara demasiado.

Es imposible saber con precisión cuántos ejemplares fueron abandonados a su suerte de esta manera. Los archivos que contenían las cifras oficiales fueron destruidos cuando estalló el escándalo político. Pero los cálculos más conservadores suponen que

no debieron ser tantos como los medios amarillistas han querido hacernos creer.

El problema real es la altísima tasa de natalidad de los leones. Un macho adulto es capaz de copular hasta cien veces en un solo día.

Cien cópulas con cien eyaculaciones incluidas.

Más de una estaba destinada a tener éxito. Eso, sin pensar en la ausencia de depredadores naturales.

Aunque ignoramos en qué parques fueron liberados los primeros, ahora sabemos que por las noches emigraban a cuanta zona verde encontraban, ocupando poco a poco todas las disponibles.

No descubrimos a nuestros nuevos vecinos hasta mucho tiempo después. Corredores matutinos, ancianos desocupados, niños, parejas de novios y vendedores de drogas que poblaban a toda hora los jardines públicos eran observados por atentos ojos ambarinos, cuyos dueños se ocultaban entre las sombras ofrecidas por los árboles.

Los felinos modificaron sus costumbres, volviéndose seres nocturnos. Perros y ratas fueron el componente principal de su nueva dieta. Alimento que, aunque modesto, jamás escaseó.

De no haber sido quizá por sus vistosas deposiciones, nadie habría notado nada raro.

Hasta el célebre accidente de los amantes.

Una pareja anónima de novios se internó en uno de los parques más grandes de la ciudad, buscaban entre los árboles una intimidad más barata que la de los hoteles de paso.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Se dice que, entregados a sus amores, no descubrieron a tiempo a un policía que se acercaba silencioso hasta ellos con la intención de sorprenderlos. El representante de la ley lo hubiera logrado de no haber sido por una leona hembra de cuatrocientos kilos que, salida de entre las sombras, se abalanzó sobre él sin darle tiempo de soplar su silbato.

Aterrorizados, los novios huyeron de ahí semidesnudos.

Al día siguiente, los restos del policía y la ropa de los amantes fueron encontrados en medio de un gran charco hemático.

Los peritos de la policía aparecieron en el lugar del crimen y determinaron sin dudar que se trataba de un accidente laboral común.

A los dos días, en otro parque, un borracho amaneció despedazado. Y al día siguiente un jubilado del servicio postal fue mutilado: perdió sus piernas mientras dormía una siestecilla.

Fue el principio de los ataques. Con seguridad las autoridades habrían hecho algo de no haber sido porque al cuarto día se hallaron los restos mordisqueados de un cadáver cuyas huellas digitales (las que quedaban) coincidían con las de un famoso asesino múltiple. Esta vez los muchachos de la policía determinaron suicidio y le achacaron las muertes anteriores. Después se dio carpetazo al asunto.

Y entonces, acaso envalentonados por la indiferencia oficial, los leones salieron de sus refugios a

pasear cínicamente sus melenas por nuestras calles.

Sin hambre, son tan mansos como un gatito. Pero comen todo el día, por lo que era imposible saber en qué momento arrancarían de un mordisco el brazo de un vendedor de globos o se tragarían a un niño.

Eso sin hablar de sus heces.

Intentamos quejarnos, organizamos comités vecinales que exigían la inmediata eliminación de los felinos. Pero sólo hallamos oídos sordos en las autoridades, quienes consideraron que la solución más práctica —y económica— era evitar los parques públicos y cruzar la calle si se veía venir de frente un león.

Los medios ventilaron la noticia mientras tuvo interés, pero llegó el mundial de fútbol y los más bien magros triunfos de la selección nacional mandaron a los leones al silencio mediático.

Y hubieran permanecido olvidados de no haber sido porque, durante los festejos tumultuarios provocados por un empate ante la selección de Bolivia, una horda de leones atacó a los festejantes en el Ángel de la Independencia.

No se hicieron esperar las declaraciones del gobierno y de la oposición, ni los debates televisivos y los editoriales en los periódicos.

Mientras tanto, los leones seguían ampliando su nuevo hábitat. Pronto empezaron a mudarse a los camellones de mayor tamaño.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Cruzar la calle se convirtió en una hazaña peligrosa.

Los asesores del jefe de gobierno de la ciudad, más preocupados en colocar a su jefe entre los candidatos presidenciales que en dar una solución de fondo al problema, optaron por un arreglo inmediato de corto alcance y declararon a la ciudad entera reserva ecológica dedicada a la preservación de los leones, con la doble intención de calmar a la población y de añadir un atractivo turístico a la metrópoli.

Para entonces los felinos habían decidido ocupar cuanta área verde encontraron; en poco tiempo casas particulares, escuelas, instalaciones deportivas y panteones fueron invadidos por el nuevo patrimonio de la ciudad.

Uno podía despertar por la mañana y descubrir que a su jardín, fuera del tamaño que fuera, se había mudado una familia de leones buscando el desayuno. Normalmente los habitantes de las casas terminaban siendo devorados.

Huesos más grandes que los de perros y ratas empezaron a ensuciar las calles, muchos con jirones de carne aún pegados. En poco tiempo enjambres de moscas panteoneras se volvieron parte del paisaje urbano.

Empezaron a correr rumores: que si atacaban en manadas, que si eran inteligentes, que si se estaban adueñando de la ciudad, que si no había manera de controlarlos. Las autoridades desmintieron todos,

llamaron alarmistas a los medios y pidieron a la opinión pública tolerancia hacia sus nuevos vecinos.

Hasta que un día apareció el cadáver de un niño.

Amaneció, como si nada, en el centro del Zócalo, a los pies del asta bandera. Esta vez, el gobierno de la ciudad no pudo desmentir nada porque las cámaras de los noticieros llegaron antes. Era una provocación oficial.

Sentimos miedo.

Los asesores del jefe de gobierno decidieron que si quería tener oportunidades de reposar el trasero en la silla presidencial, tendría que declarar una guerra sin tregua a los leones. Y así lo hizo.

Pero ya era tarde. No hubo programa emergente con que pudiera enfrentarse la plaga. Bomberos, policía y ejército poco lograron contra los miles de felinos que vivían en las calles.

Un día un león llegó hasta el centro del Zócalo y escupió con desprecio los restos de una cabeza. El cráneo resultó pertenecer al gobernador de la ciudad. Lo habían atacado en manada durante un acto oficial en la Alameda Central. Los leones habían tenido el cuidado de dejarla apenas reconocible. Sólo lo suficiente.

Después el león rugió, como proclamando su triunfo.

No necesitaba hacerlo, para entonces ya eran los dueños de las calles, de los parques, de los jardines, de todo.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Cada día son más y nosotros menos. Hemos tenido que refugiarnos en las sombras, mientras ellos duermen, ahora que han regresado al horario diurno. Nos escondemos en las sombras, buscamos robar algo de sus desperdicios para comer.

A veces los leones organizan cacerías en grupo para eliminarnos. Su olfato los guía hasta nuestros refugios. A veces logramos burlarlos, pero no siempre.

Pero donde cazan un hombre, aparece otro. Una vez que atrapan a éste aparece otro más.

Hemos decidido recuperar nuestra ciudad, aunque sea de esta manera.

Ahora nosotros somos su plaga.

Selección de Poemas

Efraín Huerta

DECLARACIÓN DE GUERRA

A la memoria de Ricardo Flores Magón,
muerto en la cárcel por oponerse a una
guerra contra la Humanidad.

AL CIELO ABIERTO

I

Al cielo abierto, al cielo de la Patria,
como sangre o ternura escalofriante,
como lo simplemente heroico se sucede,
un prolongado grito (blasfemias y murmullos)
se levanta.

Del aire enloquecido
baja un ángel de furia.

II

Se siente el mar, el mar acribillado.
Se siente el odio, el odio a martillazos.
Se siente que uno es muerte, larga herida,
sollozo de amargura.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Se está sintiendo todo: naufragios tumultuosos,
ojos de sal, pulmones de ceniza.

Se está sintiendo todo: vibraciones, latidos.

Del surco, en vuelo, gime la palabra del indio.
Agria, densa, colérica, la voz de los mestizos.
Serenas, como arados, las protestas del criollo.
Y niños, y mujeres, y hasta el anciano inválido.

Un cielo abierto, un rayo, un cuchillo de
guerra
cual recia y gigantesca catedral de venganza.

III

Regiones exaltadas de la Patria,
regiones altas, bajas, transparentes o ciegas,
aquí están, del Pacífico al Golfo, del Bravo
hasta el Suchiate,
como un tremendo bosque de dientes y fusiles:
hombres en pie de guerra sosteniendo a la
Patria.
¡Aquí están!

ELEGÍA Y LLAMAMIENTO

...Y el Atlántico mar fue un profundo
sollozo,
un gemido de dios martirizado
proclamando estas voces:

Efraín Huerta

¡Hermanos míos del Valle, del Yucatán soleado,
aquí estamos, en pie, guerrilleros veloces,
en tembloroso y firme
y varonil y alado
movimiento de guerra!

Han caído en el mar nuestras banderas
y nuestros hombres, madre Patria nuestra.
Cual palomas heridas
las gorras marineras
vuelan sobre su tumba submarina y siniestra.

La parda garra nazi nos traiciona,
nos acuchilla y burla.

¡Heroicos tripulantes del *Potrero del Llano*,
astillas de mi Patria,
hojas del gigantesco árbol de mi país;
del *Faja de Oro* audaces, valientes camaradas,
oíd este rumor, este millón de gritos,
esta viril protesta envuelta en llamaradas!

mayo 1942

EL POEMA DE AMOR

El poema de amor es el poema
de cada día: la sombra de una hoja
y este mirar al cielo en anhelante
perseguir una flor, una sonrisa.
¿El poema de amor? La más humilde

y la más tierna lluvia, el sobresalto
de una gota en la mano, como si una
leve mirada tuya iluminase
la selva en que se nutre el desconsuelo.

¿El poema de amor? El gran poema
de caminar conforme van los ríos
con un sollozo —nube— sobre el dorso,
y vigilar, con un sonriente miedo,
tu imagen de jazmín en el crepúsculo.

El poema de amor es la palabra
que ya se dijo ayer, que hoy no se dice.
Porque de sol a sol, de amor a amor,
reina un silencio fiel, como de mármol,
que es el clima ideal de estar de acuerdo.

El poema de amor bien puede ser
un soñar escribirlo y declararlo.
Y despertar, al fin, estremecido
abrazarte entre tibia y azorada
como a rosa ceñida por la brisa.

¿El poema de amor? Viene del fuego
y en el fuego perece, no sin darnos
la maestría en el tacto, la sorpresa
de imaginarnos vivos y con alas
cuando el beso es un ave en agonía.
Del poema de amor todo se dice
y nada se recuerda. Pero es bueno

señalar que se sabe y que se siente
un hondo respirar cuando tu paso
de adolescente ritmo llena mi alma.

No quise decir alma, sino sangre
y música de junio. Pero insisto
en que tu paso enciende mi alegría
como un poco de sol sobre los trigos.
Y es como darle vueltas al poema.

El poema de amor es darle vueltas
a lo que por sabido ya es callado.
Y volver a empezar como si nunca
te hubiese visto así, lánguida y pura,
desmenuzando mi habitual tristeza.

¿El poema de amor? Discretamente
habría sido resuelto en una frase.
Por ejemplo, decir... "Amada mía..."
Pero aquí llegas tú, puntual, serena,
a cerrarme la boca dulcemente.

5-6 de junio de 1943

AVENIDA JUÁREZ

Uno pierde los días, la fuerza y el amor a la
Patria,
el cálido amor a la mujer cálidamente amada,
la voluntad de vivir, el sueño y el derecho a
la ternura;
uno va por ahí, antorcha, paz, luminoso deseo,
deseos ocultos, lleno de locura y
descubrimientos,
y uno no sabe nada, porque está dicho que
uno no debe saber nada,
como si las palabras fuesen los pasos muertos
del hambre
o el golpear en el oído de la espesa ola del vicio,
o el brillo funeral de los fríos mármoles,
o la desnudez angustiosa del árbol,
o la inquietud sedosa del agua...

Hay en el aire un río de cristales y llamas,
un mar de voces huecas, un gemir de barbarie,
cosas y pensamientos que hieren;
hay el breve rumor del alba
y el grito de agonía de una noche, otra noche,
todas las noches del mundo
en el crispante vaho de las bocas amargas.

Se camina como entre cipreses,
bajo la larga sombra del miedo,

siempre al pie de la muerte. Y uno no sabe
nada,
porque está dicho que uno debe callar y no
saber nada,
porque todo lo que se dice parecen órdenes,
ruegos, perdones, súplicas, consignas.
Uno debe ignorar la mirada de compasión,
caminar por esa selva con el paso del hombre
dueño apenas del cielo que lo ampara,
hablando el español con un temor de siglos,
triste bajo la ráfaga azul de los ojos ajenos,
enano ante las tribus espigadas,
vencido por el pavor del día y la miseria de la
noche,
la hipocresía de todas las almas y, si acaso,
salvado por el ángel perverso del poema y sus
alas.

Marchar hacia la condenación y el martirio,
atravesado por las espinas de la patria perdida,
ahogado por el sordo rumor de los hoteles
donde todo se pudre entre mares de whisky y
de ginebra.

Marchar hacia ninguna parte, olvidado del
mundo,
ciego al mármol de Juárez y su laurel
escarnecido
por los pequeños y los grandes canallas;
perseguido por las tibias azaleas de Alabama,

las calientes magnolias de Mississippi,
las rosas salvajes de las praderas
y los políticos pelícanos de Louisiana,
las castas violetas de Illinois,
las *bluebonnets* de Texas...
y los millones de Biblias
como millones de palomas muertas.
Uno mira los árboles y la luz, y sueña
con la pureza de las cosas amadas
y la intocable bondad de las calles antiguas,
con las risas antiguas y el relámpago dorado
de la piel amorosamente dorada por un sol
amoroso.

Saluda a los amigos, y los amigos
parecen la sombra de los amigos,
la sombra de la rosa y el geranio,
la desangrada sombra del laurel enlutado.

¿Qué país, qué territorio vive uno?
¿Dónde la magia del silencio, el llanto
del silencio en que todo se ama?
(¿Tantos millones de hombres hablaremos
inglés?)

Uno se lo pregunta
y uno mismo se aleja de la misma pregunta
como de un clavo ardiendo.
Porque todo parece que arde
y todo es un montón de frías cenizas,
un hervidero de perfumados gusanos

en el andar sin danza de las jóvenes,
un sollozar por su destino
en el rostro apagado de los jóvenes,
y un juego con la tumba
en los ojos manchados del anciano.

Todo parece arder, como
una fortaleza tomada a sangre y fuego.
Huele el corazón del paisaje,
el aire huele a pensamientos muertos,
los poetas tienen el seco olor de las estatuas
—y todo arde lentamente
como en un ancho cementerio.

Todo parece morir, agonizar,
todo parece polvo mil veces pisado.
La Patria es polvo y carne viva, la Patria
debe ser, y no es, la Patria
se la arrancan a uno del corazón
y el corazón se lo pisan sin ninguna piedad.

Entonces uno tiene que huir ante el acoso de
los búfalos
que todo lo derrumban, ante la furia imperial
del becerro de oro que todo lo ha comprado
—la pequeña república, el pequeño tirano,
los ríos, la energía eléctrica y los bancos—,
y es inútil invocar el nombre de Lincoln
y es por demás volver los ojos a Juárez,
porque a los dos los ha decapitado el hacha

y no hay respeto para ninguna paz,
para ningún amor.

No se tiene respeto ni para el aire que se
respira
ni para la mujer que se ama tan dulcemente,
ni siquiera para el poema que se escribe.
Pues no hay piedad para la patria,
que es polvo de oro y carne enriquecida
por la sangre sagrada del martirio.

Pues todo parece perdido, hermanos,
mientras amargamente, triunfalmente,
por la Avenida Juárez de la ciudad de México
—perdón, *Mexico City*—
las tribus espigadas, la barbarie en persona,
los turistas adoradores de *Lo que el viento se
llevó*,
las millonarias neuróticas cien veces divorciadas,
los gánsters y *Miss Texas*,
pisotean la belleza, envilecen el arte,
se tragan la Oración de Gettysburg y los poemas
de Walt Whitman,
el pasaporte de Paul Robeson y las películas
de Charles Chaplin,
y lo dejan a uno tirado a media calle,
con los oídos despedazados
y una arrugada postal de Chapultepec
entre los dedos.

1956

Intromisión

Mónica Lavín

Al abrir la puerta de su casa escuchó una música distinta. Dejó los paquetes en la entrada y, antes de subir la escalera, llamó a Jovita sobreponiendo su nombre al estridente clamor de la radio. No obtuvo respuesta, sólo notó que la música venía de su habitación. Corrió asustada hacia un gemido apagado. Jovita, tendida sobre el tapete junto a la cama, gesticulaba su dolor.

—¿Pero qué le ha pasado Jovita? —dijo asombrada mientras extendía un brazo para apagar la radio.

—Es que, señora, de repente me dio un torzón. Yo venía a abrir la cama y no pude con mi alma —la voz se le iba, la mujer recuperaba el aire y seguía— aquí llevo como dos horas, la mano me dio para alcanzar el aparato ese y no entristecerme.

—Pero Jovita, hay que llamar al doctor.

Y sin más averiguación tomó el teléfono y avisó a su médico. El doctor Chapa dijo que no debía moverla hasta que él llegara. Las dos mujeres se quedaron calladas. Amalia sentada en el sillón y Jovita a sus pies con el delantal puesto y la fatiga de tanto dolor quebrándole el entrecejo.

—¿Ves?, es lo malo de vivir sola, dos viejas mirando por su suerte y ahora tú te me pones mal.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

—Ay, señorita, ni diga, usted sí que todavía puede encontrarse un buen señor por allí. Yo me lo encontré y se me escapó, nomás me dejó un reguero de escuincles inútiles.

Llamaron a la puerta y Amalia recibió al doctor.

—Por aquí, figúrese que entraba y con el ruido de la radio no escuché sus quejidos. Lleva toda la tarde tirada como un bulto y yo sin sospecharlo.

—Deje de lamentarse, Amalita, y espere tranquila afuera mientras la ausculto.

Al rato la llamó de nuevo a la habitación y con la ayuda de dos sábanas elevaron a Jovita sobre el colchón.

—Si hubieras comido menos todo esto sería más fácil —repeló el doctor tras el esfuerzo por no descolocar el cuerpo averiado de la sirvienta. La tapó con la cobija haciendo a un lado la colcha tejida.

—En un rato se tomará las medicinas y a reposar y nada de dar lata a la señorita.

El doctor apagó la luz y cerró la puerta ignorando el gesto desencajado de Amalia. “Mi libro, mi bata”, susurró. Pero ya el doctor la llevaba a la sala explicándole.

—Es cuestión de paciencia. No te apures Amalia. Si bien es una vértebra lastimada, Jovita podrá ponerse de pie en una semana y, aunque no es conveniente que trabaje por un rato, bueno, al menos podrás ocupar tu cuarto y mandarla a descansar a su casa. Mira, aquí está la lista de medicinas, son calmantes y antiinflamatorios, nada riesgoso. Siento mucho que

te toque atenderla estos días pero moverla sería una locura y una manera probable de invalidarla. Adiós, mi niña, me llamas si se agrava la situación.

Amalia no dijo nada. Se quedó con la receta suspendida y una enorme confusión. Miró la puerta de su recámara al fondo del pasillo y se acercó de puntillas para asegurarse de que Jovita estaba bien. Contempló su cara gruesa apaciblemente enmarcada por la almohada de encajes. Soy tonta, pensó recordando la compostura. Es una mujer enferma y necesita de este reposo más que yo de mi habitación. Iré por las medicinas y luego me arreglaré una cama en el sillón de la sala.

Volvió al rato y vio luz en la habitación, se encontró a Jovita absorta en una película.

—Se ve que estás mejor.

Y Jovita restregó el cuerpo en la extensión de la cama.

—Yo creo que de sólo dormir aquí me curo.

—Ojalá, ahora tómate esto. ¿Quieres cenar?

Después de recoger la charola de su habitación y acomodar los platos en el fregadero, Amalia se retiró a la sala sin estar segura del sentimiento que debía aflorar.

Al día siguiente, al irse al trabajo, dejó a Jovita instalada con una jarra de agua, cacahuates, revistas, el teléfono a su lado con el número de la oficina y el del doctor anotados en grande. Regresó apurada del trabajo y al dar vuelta a la llave, la sorprendió otra vez esa música ajena. Alzó los hombros resignada.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Jovita la esperaba con gran sonrisa y una boca llena de cacahuates.

—Fíjese que la tele por la mañana es bien entretenida. Hasta aprendí una recetita para ahora que me levante.

Amalia abrió la ventana para alejar el tufo de la habitación. Se llevó la bacinica disimulando su asco y mirando para otro lado.

—¿Tendrás hambre, verdad? —preguntó molesta.

—Ay sí, señorita, qué pena pero ya las tripas me reclaman. Yo siempre almuerzo tardecito y así aguanto más.

Se puso el delantal en la cocina y se aventuró a preparar una sopa de fideos y unos bisteces con papas, una hazaña después de una vida de sólo estar en la oficina y dejar a otra las tareas de la casa. Por la misma inexperiencia en el fregadero se apilaron los platos en desorden y el aceite salpicó los pisos y muros.

Después de servir a Jovita y comer ella en la cocina, se enguantó las manos de oficina y se puso a restregar los platos, piso y estufa. Pensó en descansar frente a la tele pero se encontró a Jovita adormilada. Recordó que en el cuarto de servicio estaba la televisión vieja y allí se tumbó a ver las telenovelas de la tarde. De momento le vino aquella desazón del día en que se burlaron cuando no pudo terminar de recitar en la escuela o la tarde en que Raúl no volvió más. Entonces su madre la acariciaba, le decía alguna cosa

reconfortante y después de dejarla llorar en su hombro la hacía reír. Se quedó dormida hasta que una voz la despertó, era el aparato aún encendido.

—Señorita —escuchó a Jovita mientras bajaba—, que me duele la cintura, que me parto en dos.

—Calma, Jovita. ¿Qué hora es? Qué barbaridad, hace una hora debiste tomar el calmante. Tranquila. Tómalo y voy a traer una esponja y agua tibia para asearte y un camisón limpio.

—¿No tendrá uno amplio que me preste? El mío está todo roto.

Amalia buscó hasta dar con uno que le había heredado su hermana Dora antes de irse a vivir fuera. Limpió, peinó y vistió a Jovita, quien parecía disfrutarlo.

—A que se siente uno mejor limpio.

Vieron una película mientras merendaban pan con café. Jovita había vuelto a cuajarse en la almohada, los labios aleteaban con sus respiros profundos. Amalia se desesperó y dejó la historia a medias.

Para el sábado, Amalia estaba agotada. Las manos eran una masa rasposa, las ojeras le cruzaban la cara y el pulso se le desacompasaba. Le habían vuelto las punzadas en el vientre. Durmió la mona toda la tarde y por la noche se ocupó del aseo de su paciente y de prepararle unos molletes.

—Señora, me da harta pena pero me habló mi hermana y le conté mi mal y como mañana es domingo, pues quiere venir a verme. No sé si usted consienta.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

—Ay Jovita, por Dios, cómo voy a negar la visita de tu familia. ¿A qué hora viene?

—En la tardecita, seño...

—Es que yo quería ver a mi sobrina pero...

—Déjelo, señora.

—No Jovita, voy a cancelar a Marta. Si me voy no hay quien abra la puerta y entiendo que tengas ganas de ver a tu familia.

El domingo a las cuatro sonó el timbre. La disculpa fue inmediata.

—Ay señorita, qué molestias le está dando Jovita, y dispense que yo venga pero quería ver la gravedad de mi hermana.

—No se apure, no pasa todos los días. Está arriba en mi cuarto.

Extrañada pasó a la habitación de Amalia y casi contempló con envidia el padecer de su hermana.

—Condenada, qué se me hace que te inventaste esto del torzón —dijo por lo bajo.

—Bueno, yo las dejo. ¿Gusta un cafecito, un refresco?

—Muchas gracias, si no es molestia, un refresco.

Incómoda y paralizada por esta situación pensó en refugiarse en el cuarto de Jovita. Tocaron de nuevo. Esta vez eran los hijos de Jovita con las nueras. Amalia les acomodó sillas, ofreció de tomar, cambió ceniceros y retiró la bacinica.

Todos le evadían la mirada y decían “gracias” y “qué pena” a cada movimiento suyo. Pero cuando

salió del cuarto se dejó correr un murmullo en la habitación.

Ya que se fueron, Jovita dijo que no sabría cómo pagarle sus atenciones, que toda la familia estaba muy agradecida y nada más estuviera bien haría un mole en casa de Roco.

El lunes, el doctor Chapa llamó para que Jovita intentara ponerse de pie. Amalia le debía ayudar a incorporarse y a dar algunos pasos. Así cada dos horas hasta que por la noche pudiera caminar al estudio y allí dormir. El viernes intentaría bajar la escalera para irse a su casa a descansar. Él tomaría vacaciones pero hablaría a la vuelta esperando saber que Jovita se hallaba recuperada y comiendo menos. Al despedirse preguntó a Amalia por su úlcera.

—No te descuides, hija, que no vamos a operar de nuevo.

—Anda mujer —obedeció al momento Amalia distrayéndose de aquella pregunta—, apóyate en mi brazo. Así, saca las piernas de la cobija y dóblalas hacia el suelo, deja tu peso venir. Así, ahora arriba, cógete de mis hombros. Ahora. Jovita lanzó un grito agudo y su enorme cuerpo cayó de cuajo sobre la cama. Amalia creyó que se había desmayado.

—No puedo —le dijo entre una maraña de cabello sudado.

—Está bien, al rato probamos de nuevo —se resignó Amalia.

Eran las nueve de la noche y las dos mujeres jadeaban. La una en el suelo, la otra atravesada en la

cama. Amalia sollozó y, abatida, sin mirar de nuevo a Jovita salió del cuarto.

A la mañana siguiente no quiso ir al trabajo, se sentía débil y pidió a Jovita que llamara a su hermana para atenderla.

—Que tu hermana te haga caminar.

Esa tarde sólo esperó a que tocaran la puerta. Abrió, escuchó los “qué pena” habituales y cogiendo un libro, los calmantes, la costura, sus cartas, ropa y fotos, se retiró al cuarto de servicio. Procuró arreglar la habitación, colocó algunas fotos y pensó en los objetos que subiría al día siguiente.

Pasó la tarde en silencio, muy en paz y casi olvidándose de la casa ocupada bajo sus pies. Le pareció que no era del todo malo vivir en un cuarto pequeño, hecho más a la escala de lo que se podía habitar, como cuando de niña su habitación le parecía todo el mundo.

Al despertar bajó por café caliente y de lejos observó a las dos hermanas en orgulloso sueño, posesionadas de su cama y sus sábanas frescas. En los burós había cascos de refresco y los platos de la noche barnizados de grasa fría con una media luna de tortilla seca. Sintió rabia y cierto asco. Nada más acabara esto le hablaría a Marta para disculparse por no haber ido a verla, ya le explicaría todo.

Rondó la casa buscando objetos que echaba en una bolsa: algún cuadro, el candelabro, las cobijas, toallas. Buscó la parrilla eléctrica que comprara

cuando les faltó el gas una semana y subió el pocillo, café, una taza, y una caja de galletas.

Llamó al trabajo y dijo que estaba enferma. Las risas de Jovita que seguramente miraba extasiada la televisión la irritaron y aceleraron su pesquisa por la casa. Arriba respiró tranquila abrazando su bulto y espionando por la minúscula ventana el tinaco y el tendedero contiguo.

En los días que siguieron alguna vez bajó a la cocina a comer algo, un sandwich o un taco del guisado que había preparado la hermana de Jovita. Entonces sentía cómo las otras dos coludidas se portaban solemnes y mostrando consternación lamentaban que la enferma no podía ni incorporarse del lecho. Repetían “qué pena”, “¿por qué no baja señorita?” y se atrevían a un “ya no hay qué comer”. Amalia extendió un billete, pidió a la hermana que se encargara y a Jovita le insistió que tendría que caminar. Al doctor no le iba a gustar nada esta falta de avance. Se apretó el estómago deteniendo una punzada.

—No puedo, señorita. Es que me retumba hasta el cerebro el quererme parar. Se me va el aire. ¿Verdad, Genoveva?

—Pues tendrá que verte de nuevo el doctor y poner un pronto remedio —contestó a disgusto.

Cogió la caja de aspirinas para los mareos que le repetían por las tardes y otra novela.

El domingo oyó más ruido. Voces de hombre y risotadas, la estridente voz de Jovita y sintió el olor a fritanga que subía hasta su cuarto. Intimidada deci-

dió no bajar ese día. Además, estaba sin fuerzas. No se movió de la cama, leyó y leyó hasta que el sueño y el hambre ignorada la durmieron. Soñó que su madre le traía a Raúl, a Raúl siendo un niño; lo arrastraba mientras él se resistía furioso. “Con ésta a la que deshonraste tendrás que permanecer. Con ésta, con ésta...” se borran las imágenes y la voz palidecía. “Con ésta que entregó a su niño, con ésta, con ésta.”

Despertó con vómito. Tenía que llamarle al doctor, ahora ella era la que necesitaba su atención. Al bajar, el olor a aceite rancio le provocó náusea. Entró a la sala y se encontró a dos hombres dormidos en el piso, los ceniceros atestados de colillas y muchos platos y vasos sucios. Indignada marcó el teléfono.

—¿Está el doctor Chapa? —preguntó con voz potente, decidida a despertar a los huéspedes.

—¿Cuándo vuelve? Dígale que le llamó la señorita Amalia.

Los cuerpos apenas y rodaron buscando acomodo y Amalia desesperada arrastró los pies escaleras arriba.

Devolvió el estómago y se tumbó. No bajó más.

Afortunadamente no presenció su sala llena de manchas, huellas de cigarro en los cojines, un gran pene dibujado en la pared y el altar de plástico para la virgencita en el recibidor. Tampoco pudo irritarse con el tendido de ropa en el balcón y los nietos de Jovita que se deleitaban tecleando su piano de cola. No, porque una compañera de oficina fue la que tocó a la

puerta y la encontró sobre la cama de servicio, pálida y delgada, con la foto de un muchacho arrugada en sus manos.

—Con permiso —se atrevió a decir a los hijos, nueras y hermana de Jovita —mientras los enfermeros bajaban el cuerpo de Amalia protegido por una sábana blanca.

(Tomado del libro *Nicolasa y los encajes de la editorial Joaquín Mortiz*)



El niño que amaba a los gatos
(CARLOS MONSIVÁIS 1939-2010)

Guadalupe Loeza

Carlos fue el hijo y el sobrino consentido de la familia Monsiváis. Dicen que la inteligencia se hereda de las madres, así que doña Esther Monsiváis debió de ser una mujer con un gran sentido del humor, pero sobre todo de un gran talento. Ahora evocaremos la infancia de este niño genio con ayuda de su *Autobiografía precoz* (Empresas Editoriales, 1966) y de la entrevista que Jenaro Villamil le realizó a la tía Mary (*Proceso* 1756, 27 de junio de 2010).

Nació en la calle de Rosales, en el centro histórico, es decir, muy cerquita del panteón de San Fernando, en donde se encuentra enterrado Benito Juárez. Ahí en esa calle se encontraba el templo protestante al que acudía su familia, aunque doña Esther vivía en Isabel la Católica. Como fue hijo único y además el mayor de los sobrinos, es natural que fuera el más consentido y el que recibía todas las atenciones de su familia. Cuando Carlos tenía tres años, es decir, en 1941, su familia se cambió a la calle de San Simón, en la colonia Portales, a la casa donde pasó toda su vida. Sí, en esa calle que con sólo invertir las sílabas se convierte en “San Monsi”; en esa casa que hace unos pocos días estuvo llena de

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

cartulinas en las que todos sus vecinos le demostraban un afecto enorme: “Nací, *of all places*, en el Distrito Federal y muy niño fui llevado en una emigración terrible, de La Merced a la Colonia Portales, «por la Calzada de Tlalpan»”.

Todas las mañanas, su tía Mary lo llevaba de la mano al kínder de la calle de Quintana Roo y luego a jugar al parque Hundido. Dicen que entonces era tan pequeño que todavía no sabía leer, pero que le fascinaba hojear los libros de su casa. Cuando aprendió a leer, doña Esther le regaló una versión para niños de *La Ilíada*, y luego leyó *El tesoro de la juventud*. Poco después, comenzó a leer la Biblia, para concursar en la escuela dominical de la iglesia protestante.

Desde entonces, Carlos se dio cuenta que había nacido del lado de las minorías, como dice en su autobiografía: “Pero los letreros («En esta casa somos católicos y no admitimos propaganda protestante»), y los gritos («¡Que pase al pizarrón el aleluya!»), y el chiste inefable («Ah, prostituta: oh, perdón; creí que habías dicho protestante») hablaban de otra cosa y desde luego a la hora de la comida debía enterarme de persecuciones en los pueblos, de linchamientos y asesinatos. Mi primera imagen formal del catolicismo fue una turba dirigida por un cura que arrastra a cabeza de silla a un pastor protestante.

Me correspondió nacer del lado de las minorías y muy temprano conocí el rencor y el resentimiento y justifiqué por vez primera el oportunismo en la figura de Enrique IV, no porque creyese que el De Efe vale

una misa, sino porque toda posibilidad de venganza, así fuese la anacrónica de recordar a un príncipe hereje que gobernó Francia, me sacudía de placer”.

Naturalmente, el refugio de Carlos era la escuela dominical, pues todos los días de la semana, los niños católicos hacían chiste de su compañerito protestante. Desde entonces, la memoria fue uno de sus refugios consentidos, y el día más anhelado era el domingo, porque ese día era el concurso de citas de la Biblia. Hay que decir que era Carlos el que ganaba todos los premios, el que se sabía los pasajes de memoria y el que sabía localizar el pasaje que pedía el profesor. Hasta que un día los demás niños protestaron y pidieron que Carlos no concursara porque no dejaba ganar a nadie.

“Mi única actividad pre-uruchurtiana ha sido la niñez. Mi infancia transcurrió en la dorada época de los pioneers, en los albores de la Conquista del Viaducto. ¿Cuál ciudad? Si acaso entonces, una suma de pequeños pueblos tribus burocráticas unidas por un corazón comercial; tres desfiles al año y bolsas de agua y cohetes y sombreros de palma en un Zócalo repentinamente Insurgente.”

Desde que era muy chiquito, doña Esther le enseñó el poema *El brindis del bohemio*, y muy seguido se lo recitaba completito. Desde entonces, Carlos se emocionaba cuando Manuel Bernal lo leía en la XEW, sobre todo la parte que dice: “¡Por mi madre, bohemios!” Tal vez Carlos se imaginaba leyendo poemas en el radio, o tal vez cantando. Carlos era muy ento-

nado y tenía una voz muy bonita, estoy segura que cantaba desde niño en el coro de la escuela dominical. Desde entonces, compraba el Cancionero Picot para aprenderse todos los boleros de moda. Un día, doña Esther lo llevó a la XEW, pero no a cantar ni a declamar, sino a participar en el programa de los Niños Catedráticos. Ahí, con otros niños igualmente inteligentes, Carlos respondía a las preguntas del público.

Dicen que siempre que se encontraba a un ex niño catedrático, Carlos con su típica buena memoria le decía: “¿Te acuerdas que no pudiste responder una pregunta sobre música cuando éramos catedráticos?”

Doña Esther trabajaba como secretaria; durante muchos años era ella la que le pasaba a máquina sus textos para llevar a las revistas y a las editoriales. Hay que decir que Carlos nunca dejó de escribir a mano sus textos y luego alguien los pasaba en la computadora. Luego, doña Esther puso un estanquillo en la calzada de Tlalpan en el que vendía hilos, velas y camisetas. Finalmente, puso una tienda de regalos en la casa de San Simón. Nos preguntamos si Carlos bautizó “El Estanquillo” al museo que guarda su colección de arte en recuerdo del estanquillo que tenía doña Esther.

Ahora leamos cómo resume Monsi su infancia: ‘Nada de ‘coladeritas’, nunca el ‘chiras pelas’ o el ‘tochito’, jamás el “Señora, ¿le da permiso a Carlos para irse de excursión al Ajusco?’ No hay calacas ni palomas. A cambio de ello, pornografía: el alumno Monsiváis, del Sexto A, propone la creación de una

biblioteca. Si he de hacer caso a mis detractores, soy un 'matado', el estudioso triste que nunca falta en las mejores familias. Y mi carrera de atleta en el relevo de 4 X 400, se interrumpe cuando entrego la estafeta al miembro del equipo rival. Tuve que posponer mi infancia en espera de la mejor oportunidad que habrían de brindarme finalmente la Cultura Pop y sus cómics, *jingles* y latas de la Fortaleza”.

A partir de entonces comenzó a leer todos los libros que podía; las novelas inglesas, *Don Quijote de la Mancha*, las novelas del siglo XIX, todas las novelas policiacas que caían en sus manos y muchos cómics. Por eso decía: “Ya que no tuve niñez, déjeme tener curriculum”. Fue en aquel tiempo cuando Carlos comenzó su eterna afición por el cine. Nada le gustaba más que cantar temas de películas y hacer concursos de trivia sobre cine. “Nunca me arrepentí de haber pasado toda la infancia viendo tres películas diarias. No sé en qué sentido ello me ayudó muchísimo, aunque tampoco sé para qué.” El cine en el que vio todas las películas mexicanas de las que tanto sabía era El Bretaña, en Portales.

Pero todavía falta hablar de un amor más. Sí, nos referimos al amor de Monsi por sus gatos, esos innumerables gatos que se paseaban por la casa de Carlos con toda libertad, y que tenían los nombres más ingeniosos de entre todos los gatos. Recordemos sólo algunos de estos nombres: Voto de Castidad, Carmelita Romero Rubio de Díaz, Recóndita Armonía, Pío Nonoalco, Ansia de Militancia, Posmoderna y

Eva Sión, entre muchos otros gatos. Confieso que el nombre que menos me gustaba de sus gatos era Nana Nina Ricci y que el nombre que más me gustaba era Mito Genial, quien por cierto murió unos días antes que Carlos. ¿De dónde venía esta pasión de Carlos por los gatos? Dice su tía Mary que desde los 10 años comenzó su gusto por los gatos: “Le regalaron un gatito. A su mamá no le gustaba. No dejaba que entrara a la casa. Cuando Carlos regresó de un viaje que hizo a otra ciudad, se molestó mucho cuando se enteró que su mamá le había regalado el gatito”.

Luego tuvo más gatitos, pero doña Esther le prohibió que se metieran a la casa. Entonces Carlos le pedía permiso para ir a ver a sus gatos media hora. “Bueno, pero nada más media hora”, le decía doña Esther con mucha resignación. Dicen que cada que alguien quería caerle bien a Monsi, le mandaba un gato de regalo. Dicen que nada le preocupaba más que estar al tanto de la hora de comida de sus gatos. Y dicen que era tanto su amor por los gatos que a veces llegó a rescatar gatos bajo la lluvia, preocupadísimo por los gatos abandonados en la calle.

No cabe duda que comprendemos mejor a Carlos Monsiváis si nos acercamos a su infancia en la colonia Portales, con doña Esther, en su casa hecha para los libros y para los gatos.

Nacido para la música

(AGUSTÍN LARA 1897-1970)

Ésta es la historia de un niño encantador que tenía unas manos maravillosas, un niño muy bello, no obstante que con los años se sentiría muy feo; un niño al que le gustaba caminar por Coyoacán, pero, sobre todo, que se sentía dichoso cada vez que su padre le decía que iría de vacaciones a Veracruz. Me refiero a un personaje que nació el 30 de octubre de 1897 en Tlacotalpan y que murió el 6 de noviembre de 1970. Sí, hablaremos de Agustín Lara, el niño prodigio que aprendió a tocar el piano cuando apenas tenía cinco años y que se convertiría en el compositor más popular de México.

Aunque Agustín nunca vivió en Tlacotalpan, la conocía como la palma de su mano. Como decía el cronista del lugar, Humberto Aguirre Tinoco: “Lo más sorprendente de Agustín es que conocía aspectos de Tlacotalpan que sólo las personas que viven mucho tiempo en un sitio pueden saber”. En efecto, siempre recordaba los días en que su padre, el doctor Joaquín M. Lara, lo llevaba al mar, y también tenía presente que, antes, pasaban a visitar a la familia paterna en Tlatlauquitepec, en Puebla. Ahí, Agustín visitaba a su tía Rosario Lara, quien tenía un enorme piano vertical. “¿Sabes? —le contaba con emoción—, este pia-

no lo traje a Tlatlauqui hace muchos años.” No cabe duda de que en la familia de Agustín había gran debilidad por la música, pues don Joaquín, aunque nunca aprobó que su hijo se convirtiera en compositor, era un notable pianista, actividad que sólo realizaba en familia.

La madre de Agustín, María Aguirre, pertenecía a una familia muy distinguida de Villa Nicolás Romero, en Tlalnepantla. María tenía una hermana, Refugio, a quien Agustín le decía Maquencita y que no se casó nunca, por lo que casi se sentía la madre de su sobrino favorito. Cuando Agustín cumplió seis años, su familia se fue a vivir a Coyoacán, en un edificio frente a la plaza principal. En ese entonces, se podía caminar por las afueras de Coyoacán y llegar al río Churubusco, que tenía puentes de piedra, y se llegaba a la actual calzada de Tlalpan. Ahí se encontraba el hospicio que dirigía Maquencita. Cuántas veces no iba Agustín con sus dos hermanos, María Teresa y Joaquín, a visitar a su tía.

En ocasiones, se quedaba por periodos muy largos con Maquencita. Las personas que conocieron a la tía dicen que hablaba de una manera muy peculiar, que de ahí viene el estilo de Agustín. Cuando estaba muy cansada, Maquencita llamaba a la sirvienta: “Mucama, traedme el mullido cojín en el que descansarán mis adormiladas plantas”. ¿No se habrá acordado Agustín de ella cuando compuso Escarcha: “Blanco diván de tul aguardará tu exquisito abandono de mujer”?

En el hospicio de Maquencita había un antiguo armonio. Como Agustín era aún muy pequeño, una de las empleadas de la tía lo sentaba en sus piernas para que él pudiera tocar. Cuando la tía descubrió su enorme talento, llamó a los mejores maestros de piano, como Guadalupe Baeza, Luz Torres Torija y varios más. Pero todos salieron frustrados por no lograr que ese supuesto niño genio tuviera disciplina. La profesora Baeza salió furiosa, pero antes de irse dijo: “Este niño no tiene ninguna cualidad para ser buen pianista”. Hasta que un profesor aseguró: “Este niño no puede aprender a tocar el piano por la razón de que ya sabe hacerlo”.

¿Sabía Agustín cuál sería su destino? Cuando jugaba béisbol con sus amigos de Coyoacán, ¿se imaginaba que muchos años después le compondría una de sus canciones más conocidas al antiguo farolito que iluminaba sus juegos? Entonces, Agustín era un niño como todos, al que le gustaba jugar a ser torero. En una ocasión se quedó jugando tan tarde que, cuando llegó a casa, su padre le dijo: “A esta casa se llega temprano. ¡Si no quieres seguir las reglas, entonces vete!” Ciertamente, fue un regaño horrible, pero es muy poco probable que se haya ido de su casa a vivir un año a la Lagunilla, en donde supuestamente convivió con pandilleros, limosneros y vendedores, como tanto le gustaba decir. Lo más probable es que no haya pasado de un arranque y que se haya ido unos días con su tía a Tlalpan.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Francamente, no visualizamos a Agustín durante un año perdido en la ciudad de México. Nos lo imaginamos, por el contrario, enamorado de las niñas de Coyoacán, San Ángel, Tlalpan o Mixcoac. El primer amor de su vida se llamó la Rorra y el segundo, Irene, que vivía en San Ángel y a quien dedicó los primeros versos que escribió:

Divina sanangeleña
que mi corazón extraña
y con obsesión te sueña.

En Tlalpan se escucharon las primeras notas que brotaron de las manos de Agustín Lara; en las calles de Coyoacán nacieron los primeros versos y ahí enamoró a las primeras “mujeres divinas”. Desde entonces se dio cuenta, con toda seguridad, de que dedicaría su vida a la música y al amor. ¡No cabe duda de que infancia es destino!

(Tomados del libro *Infancia es destino de la editorial Aguilar.*)

Sólito

Cristina Pacheco

I

Miré una vez más el reloj. Apenas eran las cuatro. tuve la impresión de que el tiempo se había detenido. Me angustió la idea de que aún faltaban dos horas para salir del taller. Calculando lo que tardo en llegar hasta El Rosario, pensé que tendría que esperarme el doble de tiempo para reunirme con mis hijos. Necesitaba consolarlos y explicarles que hay cosas tan inevitables como la muerte y las separaciones.

Confiaba en que me entenderían porque ya no son tan niños. Rafael cumplió nueve años y Magda ocho. Siento angustia por ellos: desde que nacieron sólo han vivido tiempos violentos y cada vez más difíciles. Es lo único que escuchan por todas partes y, para colmo, Fernando y yo no hablamos de otra cosa. Nuestro departamento es muy pequeño, las paredes son como de papel y aunque no queramos, los niños oyen si mi esposo y yo discutimos.

Cuando mis padres se peleaban nos pedían a la Nena y a mí que nos fuéramos a jugar a la calle. Era segura hasta por las noches, y eso que vivíamos en un barrio pobretón lleno de vagos y borrachitos. Ahora ni en sueños se me ocurre sugerirles a mis hijos que

jueguen fuera de la casa: temo que alguien me los robe, que un loco los atropelle o que vayan a meterse en drogas.

Rafael y Magda se quejan porque los tenemos muy encerrados. Los domingos en que Fernando y yo no trabajamos hacemos hasta lo imposible por llevarlos a dar una vuelta aunque sea por aquí cerca. A mis hijos les encanta ir a los centros comerciales. A mí no: siento feo de que no podamos comprarles nada de lo que ven. Ellos se disgustan, Fernando los reprende y el paseo termina en pleito. No me extraña que el lunes amanecemos todos desganados.

Entre semana las únicas salidas de mis hijos son a la escuela y a las tiendas que están en la cuadra. Empezaron a frecuentar la tlapalería, a dos puertas de nuestra casa, desde que Justiniano y su esposa Guadalupe compraron en el mercado de Sonora un cachorro de pastor alemán. Tenía un ojo verde, el otro azul y era simpatiquísimo. Le pusieron Sólito porque ya no quedaba otro en la tienda de animales. Como en el departamento nunca hemos podido tener ni siquiera un pájaro, a Magda y a Rafael les resultó maravilloso poder jugar con el cachorro. Cada vez que los veía corretearlo o hacerle morisquetas me alegraba de que se estuvieran divirtiendo como lo que son: niños.

Guadalupe y Justiniano no pudieron tener hijos. Sólito era su adoración y el día en que cumplió un año le organizaron una fiesta. Asistieron todos los chamaquitos de la cuadra y algunas mamás. Todos

estuvimos muy contentos menos Lupe, que se pasó la tarde estornudando. Me dijo que a últimas fechas padecía de esos accesos. Los atribuyó a los nervios que le provoca la disminución en sus ventas, con todo y que abren también los domingos, y el peligro de tener que rematar su negocio. Procuré darle ánimos recordándole que tienen una clientela de hace muchos años y además nunca faltará quien necesite un bote de pintura, yeso, clavos, un martillo, trampas para ratones o veneno para cucarachas.

II

Una tarde al regresar de mi trabajo me encontré a Rafael y a Magda muy preocupados. Justiniano les había dicho que el médico acababa de diagnosticarle a su esposa una alergia y como la posible causa era Sólito, él había decidido vender el perro. Magda me preguntó si podíamos comprarlo. Le respondí que imposible, y menos en las condiciones actuales: aunque las cosas están cada día más caras, hace años que a mi esposo y a mí no nos aumentan el sueldo; aparte nadie nos garantiza que mañana no vayamos a perder la chamba. Un perro necesita alimento, vacunas, veterinario. ¿Con qué íbamos a pagarlos?

Rafa me dijo que por eso no me preocupara. Los domingos por la mañana podía trabajar cargando bultos en el mercado, como lo hacen muchos otros niños de por aquí, y ganarse el dinero suficiente para los gastos de Sólito. La sugerencia me conmovió pero le pedí que no volviera a pensar en eso. Sin embargo,

en cuanto su padre regresó del trabajo fue lo primero que le dijo. Mi esposo lo tomó como una simple ocurrencia y le pidió que no se preocupara tanto por Sólito: no faltaría quien quisiera comprar un animal tan bello.

Esa posibilidad angustió más a Rafa: “No entiendes. Lo que no queremos es que lo compre otra persona porque se lo llevará y ya no podremos jugar con él”. Magda es muy zalamera y con su cara-de-no-rompo-un-plato se acercó a su padre para suplicarle que les permitiera quedarse con Sólito. Fernando se mostró paciente pero firme: “Por principio de cuentas, no tengo dinero para andar comprando animales. Además aquí no tenemos en dónde meterlo. ¿O quieren tenerlo amarrado en la azotea, soportando el frío, el sol, los aguaceros?”

Dije que estaba de acuerdo con Fernando. Una de las cosas más tristes para mí es ver a esos pobres animales que viven arrumbados en un balcón de medio metro, sin espacio para estirarse o para correr, muñéndose de frío o de calor. Rafael se dio por ofendido conmigo: “Tú siempre te pones del lado de mi papá. A nosotros nunca nos tomas en cuenta ni nos das la razón”. “Porque no la tienen ¡y se acabó!”, grité para desahogar mi angustia.

Durante algunas semanas siguió pegado junto a la entrada de la tlapalería el anuncio: “Se vende pastor alemán”. Para Rafa y Magda ver la cartulina era un alivio porque significaba que Sólito seguía al alcance de su mano; en cambio para mí leerla era motivo de

tristeza: entre más tiempo pasara más difícil y doloroso sería para mis hijos separarse del animal.

Ante la ausencia de compradores Justiniano decidió regalar al perro. Me lo ofreció primero a mí: “Sus hijos lo adoran y el animalito también está muy encariñado con ellos. Lléveselo y así también podré verlo de vez en cuando”. La tentación de aceptarlo fue grande. Me contuve con tal de no tener un pleito con mi marido pero expuse otros motivos: “Se lo agradezco mucho. La verdad, no tengo dinero para su comida ni espacio ni mucho menos tiempo para cuidarlo”. Dijo que en tal caso se lo ofrecería a otros vecinos. Creo que todos, por las mismas razones que yo, rechazaron la oferta. Para dicha de mis hijos Sólito siguió alegrando sus juegos.

III

Ayer domingo salí temprano al mercado. Al pasar frente a la tlapalería me fijé en que Sólito ya no estaba. Le pregunté a Justiniano si al fin había logrado regalarlo y quién era su nuevo dueño. Él hizo un gesto de fastidio: “Puede ser cualquiera, no lo sé. Anoche se me escapó. Salí a buscarlo pero no pude encontrarlo. El pobrecillo andará por allí perdido”.

Me resultó difícil creer en lo de la escapatoria. Sólito era obediente y nunca se alejaba demasiado de sus platos. Me imaginé que, ante la imposibilidad de vender o regalar a Sólito, Justiniano no había tenido otro remedio que sacarlo a la calle y perderlo para deshacerse de él. Cuando se lo dije el tlapalero,

compungido, desvió la mirada: “Créame que me costó mucho trabajo decidirme pero ya no podía hacer otra cosa. Usted comprenderá que la salud de mi mujer es más importante que Sólito. Tengo la esperanza de que alguien se lo haya llevado a su casa porque si no... Lástima de animal tan precioso”. No quería que mis hijos se entristecieran y, de acuerdo con Justiniano, decidí inventarles que al fin había aparecido un comprador.

De regreso a la casa fingí serenidad y procuré darles la noticia de la manera más suave: “Rafa, Magda ¿qué creen? Sólito ya se fue a su nueva casa. Tiene un jardín en donde podrá correr y saltar. Vivirá mucho mejor que aquí, ¿no les da gusto?” Los niños se indignaron porque Justiniano no les hubiera dado tiempo para despedirse del perro. Seguí mintiendo: “Lo vendió anoche, ni modo que viniera a avisarles. Pero me dijo que en cuanto la encuentre, nos dará la dirección de Sólito para que un domingo vayamos a visitarlo”.

Magda dijo que ojalá no tuvieran que esperar mucho para volver a verlo porque de seguro el perro los estaba extrañando. Rafael tuvo una idea: “Es muy inteligente. Sabe cuánto lo queremos. A lo mejor se escapa y vuelve con nosotros hoy mismo”. En opinión de Fernando los niños estaban equivocados y pretendió sacarlos de su error: “La verdad, veo difícil que regrese. Además los animales no son como las personas: ellos no quieren a nadie. Lo único que les

importa es tragar y dormir. No vale la pena que estén tan preocupados por un perro”. Sus palabras agravaron la tristeza de mis hijos y Fernando se impacientó: “Si van a estar con esas caras mejor no salimos”.

Les pedí a Magda y a Rafa que fueran a buscar su suéter. Cuando me quedé a solas con mi esposo le reproché que les hubiera hablado con tanta crudeza: “Pobres criaturas. Todo el tiempo están viendo cosas horribles y escuchando malas noticias. ¿Por qué les quitaste su ilusión de que Sólito va a volver y los extraña?” Fernando me miró asombrado: “¿Te molestas porque les dije la verdad? Pienso que hice lo correcto. Es mejor que sepan las cosas como son y no que al rato se den un frentazo. La vida es tal cual es y punto”.

No pude quedarme callada: “Como si no lo supieran de sobra. A su edad ven el mundo como si fueran adultos. Los únicos momentos en que actuaban como niños era cuando se ponían a jugar con Sólito. ¿Los oyes? Están llorando por lo que les dijiste”. Fernando se defendió: “De acuerdo: ¡metí la pata! Pero tú también, dejando que se encariñaran con un perro que ni era suyo”.

Salimos de paseo pero no logré que Rafa y Magda se animaran. Parecían distraídos, ausentes. Fernando, como siempre que se disgusta, no habló ni media palabra. Yo me pasé el tiempo mirando en todas direcciones, rogándole a Dios lo imposible: que Sólito apareciera para que mis hijos pudiesen verlo otra vez y comprobar cuánto los quería.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

El milagro ocurrió. Por la noche, al regresar a la casa, vimos al perro moviendo la cola, tendido a las puertas de nuestra casa.

(Tomado del libro *Humo en tus ojos*, Editorial Planeta)

La máquina de coser

Vicente Riva Palacio

Todo se había empeñado o vendido. En aquella pobre casa no quedaban más que las camas de doña Juana y de su hija Marta; algunas sillas tan desvencijadas que nadie las habría comprado; una mesita, coja por cierto, y la máquina de coser.

Eso sí, una hermosa máquina que el padre de Marta había regalado a su hija en los tiempos bonancibles de la familia. Pero aquélla era el arma de combate de las dos pobres mujeres en la lucha terrible por la existencia que sostenían con un valor y una energía heroicos; era como la tabla en un naufragio, de todo se habían desprendido; nada les quedaba que empeñar; pero la máquina, limpia, brillante, adornaba aquel cuarto, para ellas como el más lujoso de los ajuares.

Cuando quedó viuda doña Juana, comenzó a dedicarse al trabajo; cosía, y cosía con su hija, sin descanso, sin desalentarse jamás; pero aquel trabajo era poco productivo; cada semana había que vender algún mueble, alguna prenda de ropa.

La madre y la hija eran la admiración de las vecinas. En su pobre guardilla parecía haberse descubierto el movimiento perpetuo, porque a ninguna

hora dejaba de oírse el zumbido monótono de la máquina de coser.

Don Bruno, que tocaba el piano en un café y volvía a la casa a las dos de la mañana, al pasar por la puerta de la guardilla de Marta, veía siempre luz y oía el ruido de la máquina; lo mismo contaba Mariano, que era acomodador del teatro de Apolo, y Pepita la lavandera, una moza por cierto guapísima, decía que en verano cuando el sol bañaba su cuarto y el calor era insostenible a mediodía, se levantaba a las tres a planchar, para aprovechar el fresco de la mañana, y siempre sentía que sus vecinas estaban cosiendo.

¿A qué hora dormían aquellas pobres mujeres? Ni ellas lo sabían. Cuando una se sentía rendida se echaba vestida sobre la cama, y mientras, la otra seguía en el trabajo.

Pero al fin llegó un día en que fue preciso desprenderse de aquella fiel amiga: el casero cobraba tres meses; doña Juana no tenía ni para pagar uno; era el verano, y las señoras que podían protegerla no se hallaban en Madrid; estaban unas en Biarritz, otras en San Sebastián, otras en el Sardinero de Santander; y el administrador se mostraba inflexible.

No había medio; empeñar la máquina o salir con ella a pedir limosna en mitad de la calle.

Cuando Marta vio que don Pablo el portero cargaba con aquel mueble, esperanza y compañía de su juventud, sintió como si fuera a ver expirar una persona de su familia.

Salió el portero; Marta volvió los ojos al lugar que había ocupado la máquina, miró el polvo en el piso, dibujando la base de la pequeña cómoda, y le pareció como si se hubiera quedado huérfana en ese momento. Todo lo por venir apareció ante sus ojos.

Pan y habitación para un mes, ¿y luego?... Se cubrió la cabeza, se arrojó sobre su cama y comenzó a llorar silenciosamente, y como les pasa a los niños, se quedó dormida.

Muchos meses después, una mañana, al sentarse a la mesa para almorzar, el general Cáceres, recibió una carta, que en una preciosa bandeja de plata le presentó su camarista.

El general la abrió, y a medida que iba leyéndola se acentuaba una sonrisa en sus labios que vino a terminar casi en una carcajada.

—Son ocurrencias preciosas las de mi hermana —dijo a sus invitados—, ni al demonio se le ocurre encargar a un soldado viejo y solterón la compra de una máquina de coser.

—¿La marquesa va a dedicarse a la costura? —preguntó sonriendo uno de los amigos.

—Buena está ella para eso, que ya no ve —dijo el general—, pero quiere regalar una máquina a una chica muy trabajadora de Segovia, y quiere que yo se la busque. Esta Susana un día inventa un nuevo toque de ordenanza: ¡llamada de pobres y rancho!... Zapata, ¡dí a Pedrosa que venga en seguida!

Zapata era el camarista, y Pedrosa el mayordomo, y los dos sabían que el general tenía el genio más

dulce de la tierra con tal de que no le contradijeran y que le sirviesen al pensamiento.

Los otros criados comenzaron a servir el almuerzo, y pocos momentos después se presentó Pedrosa.

—Oiga usted —dijo el general al verle— vea usted esta carta de mi hermana; que se le compre de los lotes del Monte de Piedad una máquina de coser; va usted a comprarla en seguida.

—Mi general, no sé si habrá hoy un lote de máquina.

—Yo no entiendo de eso. Va usted por ese chisme para enviarlo a la marquesa. Que esté listo para todo servicio, ¿entiende usted de máquinas?

—Sí, mi general.

—Pues en marcha.

Aún tomaban café cuando regresó Pedrosa sudando y rojo de fatiga.

—Ahí está ya la máquina.

—Bien; arréglela usted para que pueda ir esta tarde por el tren; pero no, tráigala usted aquí, quiero ver cómo es una de esas máquinas, que no las conozco.

—Pero, mi general —dijo uno de los convidados— ¿querrá usted hacernos ver que nunca ha tenido que ver con una modista?

—Sí que he tenido, y con varias; pero doy a ustedes mi palabra de honor, como militar, que si han tenido máquina de coser, era el aparato que menos funcionaba durante mi visita.

Entraron la máquina al comedor; rodeándola todos, y cada uno de ellos daba su opinión sobre ruedas y palancas, y querían moverla de un modo y de otro, todo con la más perfecta ignorancia.

—Está bien cuidada —dijo el general—, se conoce que trabajaba la muchacha que la mandó empeñar... ¡pobre mujer! Quizá le costó un sacrificio el desprenderse de este mueble, obligada por la necesidad.

—Quizá le sopló la fortuna y no quiso trabajar más —replicó uno de los comensales.

—Doctor —dijo el general—, nadie empeña cuando sopla la fortuna. Algo daría yo por saber de quién era esta máquina.

—¿Y para qué?

—Toma, ¿y para qué? Para devolvérsela; que si no la ha desempeñado y ha dejado venderla, será porque no tiene todavía; yo compraría otra para mi hermana, si ella regala una máquina, ¿Por qué no he de regalar yo otra?

Pedrosa, que ya sabía que cuando el general inventaba algo lo había de llevar adelante, se apresuró a decir:

—Si mi general quiere, por los papeles que dan en el Monte de Piedad puedo yo saber quién era la dueña.

—Pues en seguida tome usted un mozo de cuerda, y va usted con la máquina hasta entregarla a la pobre mujer que la empeñó.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

—Mi general, ¿y si me preguntan de parte de quién voy?

—Bueno, diga usted que de parte de un caballero, de parte de una señora; invente usted un cuento; en fin, lo que a usted se le antoje; nomás que no suene mi nombre para nada.

Pedrosa salió apresuradamente, y todos volvieron a tomar sus respectivas tazas de café.

En un alegre piso de la calle del Varquillo había habido un almuerzo animadísimo: era la casa de Celeste, que era el nombre de guerra de la hermosa propietaria de aquel nido de amores. Dos o tres amigas suyas estaban allí, y con ellas otros tantos amigos del joven marqués que cubría los gastos de aquella casa.

La sobremesa se había prolongado; sonaban carcajadas y ruidos de copas, y la madre de Celeste entraba y salía disponiéndolo todo, que aunque nunca había tenido grandeza, había servido en casas en donde la grandeza era el estado normal.

Repentinamente sonó la campanilla: alguien llamaba en la escalera, cruzó la puerta, y pocos momentos después entró la doncella, que era una francesita con humos de gitana, y dirigiéndose a Celeste le dijo:

—Señora, un hombre que trae una máquina de coser para la señora.

—¿Para mí? —dijo con gran admiración Celeste. Se habrán equivocado de cuarto.

—Ya se lo dije, pero insiste en que es para la señora.

—¡Vaya una cosa curiosa! A ver esa máquina; que la traigan aquí.

La doncella salió, y los chistes más picantes se cruzaron entre los convidados a propósito de aquel regalo. La madre de Celeste, al lado de la puerta, esperaba también con curiosidad.

El mozo de cuerda entró con la máquina, la colocó en medio del comedor y se retiró inmediatamente.

Celeste se levantó sonriendo, se acercó al mueble y repentinamente una nube de tristeza cubrió su rostro; abrió con mano trémula las puertecillas, y exclamó como una especie de gemido, dirigiéndose a la mujer que estaba en la puerta.

—¡Madre, nuestra máquina!

Y se inclinó sobre el mueble silenciosamente.

Todos callaban, respetando aquel misterio; algunas lágrimas desprendidas de los ojos de Celeste caían sobre los acerados resortes del aparato.

—¿Quién ha traído esto? —dijo de repente que entre, que me diga quién manda esto.

Pedrosa penetró en la habitación, comprendió lo que pasaba, y subyugado por el sentimiento de aquella mujer, conto todo, todo, sin ocultar el nombre del general.

Celeste escuchó hasta el final, y después, irguiéndose, le dijo a Pedrosa:

—Dígale usted al general que con toda mi alma le agradezco este regalo; pero que no lo acepto porque ya es tarde, muy tarde, por desgracia; llévese us-

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

ted esa máquina, que no la quiero en mi casa, que no la quiero ver, porque sería para mí como un remordimiento. Que se la regalen a esa mujer honrada; que se la regalen, que muchas veces la falta de una máquina de coser precipita a una joven en el camino del vicio... Pero no, espere usted un momento.

Celeste, como si estuviera sola, salió precipitadamente del comedor, llegó a su gabinete, abrió una pequeña gaveta, y sacó de allí un carrete de hilo, ya comenzado, volvió al comedor, hizo mover los resortes de la máquina, colocó allí el carrete como si ya fuera a trabajar, y dirigiéndose a Pedrosa le dijo:

—Dígale que yo misma he colocado ese carrete, el último que tuvo la máquina, y que lo guardaba como un recuerdo: ése es el regalo de la muchacha honrada para la joven de Segovia.

SELECCIÓN DE POEMAS

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece: el horizonte
Dibuja pálida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el ocote,
Los cedros y las lianas.
En los ranchos silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya se oyen desde los prados
El tañir de la campana,
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.

Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubéculas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
O morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza
Cuando después de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso, tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
Frasas que adivinó mi pensamiento;
Y cruzando después el campamento,
“Patria”, tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas;
Pero hánme dicho ya mis desventuras

Que eres viento, no más, cuando te quejas
Eres viento si ruges o murmuras,
Viento si llegas, viento si te alejas.

Prisión de Santiago Tlatelolco, julio de 1884.

LA VEJEZ

Mienten los que nos dicen que la vida
Es la copa dorada y engañosa,
Que si de dulce néctar se rebosa,
Ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es en la juventud senda florida,
Y en la vejez, pendiente, que escabrosa
Va recorriendo el alma, congojosa,
Sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si a la virtud sus homenajes
El corazón rindió con sus querellas
No contesta del tiempo a los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas
Como tiene la tarde sus celajes,
Como tiene la noche sus estrellas.

ADIÓS, MAMÁ CARLOTA
VERSIÓN DE EDUARDO RUIZ

I

Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares
Botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.

II

De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y del traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota.
Adiós, mamá Carlota
Adiós, mi tierno amor.

III

Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes,

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Agítanse los frailes
En fuerza de dolor.
La chusma de las cruces
Gritando se alborota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós mi tierno amor.

IV

Murmuran sordamente
Los tristes chambelanes,
Lloran los capellanes
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.

V

Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota:
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.

Antología de Vicente Riva Palacio (introducción de Clementina Díaz y de Ovando), UNAM, México, 1976, pp. 10-11.

ALMUERZO DEL DÍA 2 DE JUNIO DE 1890

Hoy le toca a la tortilla
de riñones, y a fe mía
que hice ayer la tontería
de no hacer una letrilla.
Los sesos después vendrán
al natural con tomate,
chuletas le seguirán,
frijoles con aguacate.
Budín de leche y café,
frutas, pastas y buen vino
y además... yo no sé qué.

AVRP, Austin.

(Tomados del Libro Poesía Completa, publicado por
CONACULTA)



800 FÁBRICAS Y TALLERES TOTALMENTE DESTRUIDOS

Elena Poniatowska

El sismo reveló la explotación de las trabajadoras de la costura.

Once pisos quedaron reducidos a tres, en el número 150 de San Antonio Abad, hoy símbolo de la tragedia de las costureras. En muchas otras calles había talleres clandestinos: en José María Izazaga 65, en un solo edificio de ocho pisos: 50 talleres; en Fray Servando, en Xocongo, en Mesones (Sportex), en Pino Suárez; edificios casi todos de segunda, o de quinta, retacados de maquinaria y de pesados rollos de tela; con razón los pisos se venían abajo. El número 164 de San Antonio Abad también se redujo a polvo. En Manuel José Othón 186, casi esquina con San Antonio Abad, los talleres de costura siguieron funcionando a pesar del olor de los cadáveres, los escombros y el miedo. Las costureras de Dimensión Weld, Amal y Dedal fueron las primeras en darse cuenta que el patrón no las iba a ayudar; es más, vieron cómo se llevaba la maquinaria antes de preocuparse por las 600 compa-

ñeras sepultadas. Si alguien ha sido violentado y golpeado en este año de 1985, si alguien ha sufrido, han sido precisamente ellas. El sismo reveló que de todos los explotados en el Distrito Federal, nadie lo era más que el gremio de la industria del vestido. Si el primer empleo de las mujeres pobres en nuestro país es el del servicio doméstico, el segundo es el de la costura.

Sentada en la banqueta de la calle de Lorenzo Boturini, está Juana de la Rosa Osorno, de 55 años, quien trabajaba en Dimensión Weld de México, S.A., con Elías Serur:

—Ahora con este desastre —dice metiendo sus dos manos bajo su delantal de cuadritos verdes y blancos— estamos aquí en la calle esperando la caridad de la gente para el alimento. No es que el patrón sea malo, es que es muy variable; ofrece una cosa, ofrece otra, se retracta, no podemos llegar a un acuerdo. Primero nos gritó:

—La maquinaria se las regalo, yo he perdido todo, aquí quedó sepultada mi vida.

Su vida no, sería la de las compañeras, porque él llegó corriendo cuando supo que el edificio se había caído. Bajó desde allá de Las Lomas en su carro. Nosotros aquí. Y las muertas allá entre las varillas y el concreto desangrándose. Elías ni un rasguño. Entonces, ¿por qué dijo que su vida se había quedado sepultada allí? Sería su caja fuerte. A lo mejor su caja fuerte es su vida. Así les pasa a los ricos, ¿verdad? Yo no me morí porque entraba a trabajar a las 7:30. Tengo 15 años de trabajar; tengo dos hijos, la señori-

ta tiene 27 años, el muchacho 16 y está en la preparatoria. Yo soy viuda y aquí en el campamento de San Antonio Abad me encargaron la cocina. Entraba yo a las 7:30 y salía a las 5:30 de la tarde; de vez en cuando trabajaba hasta las ocho, y a veces hasta sábados y domingos. No sé qué día festivo le pedimos al patrón Elías “un puente” y nos dijo que teníamos que venir después todas un sábado a pagar ese día, pero yo me salí a mediodía porque padezco mucho de la presión. El lunes me llamó a la oficina para pedirme una explicación, le dije que estaba enferma y me respondió:

—A mí eso no me interesa, me interesa mi fábrica. Lo demás no es cosa mía.

En Dimensión Weld no había ni un botiquín y si pedíamos permiso de ir al baño y nos tardábamos él llegaba a tocar a la puerta del excusado:

—¿Qué pasó?

—Estoy haciendo mis necesidades fisiológicas.

—Oye, ya te tardaste 10 minutos, ya te tardaste un cuarto de hora, ya salte o te voy a descontar el tiempo.

Yo soy overlista, cosía playeras, soy costurera de la más alta calificación, ganaba por semana, sin descuentos, 11 mil 300, más o menos, no tenía Seguro Social, ni préstamos de ningún tipo. Para comprarme mis lentes duré como cuatro meses a vuelta y vuelta hasta que de la caja dijo Elías que me prestaran lo de los anteojos. Realmente lo único que tengo que agradecerle al patrón Elías es que ahora que falleció mi

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

papá me dieron permiso una semana, pero sin goce de sueldo. Es lo único que tengo que agradecer en 15 años de trabajo, esa semana.

Aquí no hemos visto ayuda del gobierno, sólo de templos, de personas que llegan, abren su cajuela y adentro traen unas ollotas de arroz, tortillas, frijoles y nos dicen que pasemos a echarnos un taco. Los del CCH han venido, no sé de cuál, pero allí han estado los muchachos; me traen aceite para que yo guise.

Todos los días tomo el metro para venir; lo tomo en Río Blanco, el que va de Martín Carrera a Santa Anita, luego transbordo en Candelaria al de Pino Suárez, y de Pino Suárez me vengo para acá. Esto cuando tomo el puro metro. Cuando no, tomo el Santa Anita, me bajo en Jamaica y me vengo andando.

En Dimensión Weld éramos 130, aquí en esta avenida hay muchas fábricas, en donde más murieron fue en la fábrica Dedal, un titipuchal, porque entraban a las 7 de la mañana; anoche sacaron tres cuerpos, ya hechos picadillo. En Manuel Gutiérrez Nájera y San Antonio todavía faltan no sé cuántas; allí están los familiares en tiendas de campaña esperando. Fíjese lo que será eso de bárbaro.

Nosotros hemos dejado nuestros pulmones, todo nuestro corazón, todos nuestros esfuerzos allí abajo, bajo las losas, y ¿por qué no va a recompensarnos con algo el patrón? Vivimos en vecindades, alquilamos cuartitos, pagamos renta y ellos, los patrones, tienen sus residencias, tienen sus coches, viajan, y uno es el que debe andar penando. Claro está que

ellos pusieron el negocio, pero uno con sus pulmones lo sacó adelante, digo yo.

Yo allí, en Dimensión Weld, dejé los ojos. Ahora veo sólo poniéndome los lentes. Yo comía en los casilleros, traía mi comida en un portaviandas y en los casilleros me sentaba a comer. Pusieron unas mesitas a la entrada; somos muchas y muy pobres, no tenemos para ir a comer a ninguna fonda, entonces traíamos los frijolitos o lo que Dios nos socorriera.

Las más angustiadas querían aventarse por las ventanas

Josefina Tlalteca entró a Amal el 15 de mayo de 1985 y no tenía seguro. Overlista, hacía ropa de mujer. A ella los bomberos la sacaron de entre los escombros siete horas después del sismo:

Éramos 30 las que alcanzamos a quedar de pie, porque el piso no se derrumbó totalmente. Unas gritaban, otras lloraban, otras rezábamos, las más controladas trataban de tranquilizar a las demás: “Cálmense, sólo Dios nos puede salvar, hay que tener fe”. Las que salimos vivas fuimos treinta, salimos con algunos arañones. Personalmente salí siete horas después. Sólo una compañerita salió con las piernas rotas y la columna vertebral quebrada; era una niña de 17 años, estudiante de preparatoria que en el lapso vacacional se metió a trabajar. Se llamaba Susana, la criatura, y murió el sábado.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

Yo soy preparadora —dice Margarita Aguilar— tengo 25 años y tres y medio trabajando en Amal. A últimas fechas me dieron Seguro, en agosto, todavía ni arreglo mis papeles porque acababan de dármelo. ¿Qué hace una preparadora? Folia, aparta, numera las prendas, les pone tallas, y hace los bultos, separa las piezas; todo lo que son las piezas de la prenda: manga, trasero, delantero, cuello, vista. Las maquilas llegan por bultos y tengo que foliar, separar por color, amarrar bultos para luego pasar el trabajo a las máquinas para que las costureras vayan uniendo.

A mí los escombros me agarraron las piernas

Yo soy de las sobrevivientes, pero soy una de las que se pusieron histéricas. A fuerza quería salir por una ventanilla y me detuvieron. Cuando empezó a tronar el edificio para luego derrumbarse quise correr hacia las escaleras y el muro se nos cayó encima porque cayó el almacén. Un muro cayó atravesado y nos impidió la salida. A mí los escombros me agarraron las piernas, un brazo, pero tenía libre una mano y la cabeza, que era lo principal, y me agarré de una varilla y me empujé y logré salir hacia arriba. Fue entonces cuando vi la claridad y entonces —por ver esa luz— me puse muy histérica, me trepé sobre un mueble, rompí una ventila, me corté la mano y no pude salir. Muchas compañeras corrieron hacia las ventanas y esas fueron las que se salvaron porque lo que se

asentó y se hundió como en espiral fue el centro del edificio. Lo que quedó libre y a la calle fueron las ventanas, entonces por la ventanilla grité, qué digo, di verdaderos alaridos: “Auxilio”, a la gente que estaba en la calle. Entonces nos subieron una reata.

Pero la reata era muy delgadita, entonces, dentro de mi desesperación, tomé una de las telas de las que vi tiradas, un rollo, y lo aventé para afuera, empezó a desenredarse.

Antes, entre todas, amarramos, sacos, pantalones, para bajarnos por allí, descolgarnos hasta la calle, a como fuera, como Tarzán, eso era lo de menos, pero las prendas no tenían resistencia, estaban mal amarradas y una voz de hombre nos gritó:

—Nadie se baja por allí, si se bajan agarrándose de la ropa, se van a matar.

Entre todas amarramos pantalones para descolgarnos como Tarzán

Entonces a mí se me ocurrió lo de la tela junto con la reata, y la jalamos y la amarramos con la reata a una máquina para que tuviera resistencia. Unas compañeras se atrevieron y se bajaron por la reata, así como cirqueras, yo de plano me bajé por la tela, así, de resbaladilla; aproximadamente diez personas bajaron de a Tarzán, colgándose de la reata y del rollo de tela, pero las que estaban más angustiadas querían aventarse por los vidrios, pensaban que el temblor

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

iba a regresar y una de ellas, María Elena, se fue hacia la ventana diciéndonos a gritos:

—Yo de una vez me mato.

Entonces recuperé un poco de mi fuerza y le dije:

—Mira, ya pasó, los temblores no vuelven, ya bajaron unas compañeras, míralas por la ventana cómo están en la calle.

Toda la vida he sido de esas personas que resuelven solas sus problemas, lo que sea que suene. Nunca espero a que alguien me tienda la mano. Pum, pas, pum. Yo le busco el modo a cualquier conflicto. Yo bajé resbalando por el rollo de tela, pero varias de las compañeras que se descolgaron se lastimaron, la señora Julia se fracturó la pierna al caer, se dejó ir, no aguantó su propio peso y se cayó. Muchas tienen las manos fregadas; se les quemó todita la palma con la reata, a mí también se me quemó con la tela, porque las telas sintéticas queman, me arrancó toda la piel, pero salí. Estoy viva y ahora mismo estoy hablando con usted.

Vivo en Lomas de San Bernabé, más arriba de San Jerónimo; llegué a mi casa bien preocupada por mi familia; al verlos sanos y salvos me dio mucha emoción (ellos también se habían hecho mala sangre por mí), pero me dio tanta felicidad verlos que ya no supe nada de mí y ya cuando volví es porque estaba en el hospital, en la clínica 8 de Urgencias. Me enfermé de los nervios, o de la impresión, me dieron dos semanas de incapacidad, no quise salir de mi casa, pero

después, al regresar a San Antonio Abad y ver cómo luchaban mis compañeras por todas nosotras, me uní a ellas. Simplemente nuestro patrón nos abandonó, no nos brindó ningún apoyo, nos dejó morir solas. Ya que no pudimos hacer nada por ellas cuando estaban todavía con vida, ahora compartimos el dolor de sus familiares, y luchamos porque rescaten a nuestras muertas, a Julia Morales, Juana San Pedro, Paula, Diana, Yolanda, Antonia —Toni le decíamos de cariño—, Margarita Pozos, Renata, Priscila, Rosa Luz Hernández, la señora Toñita, Francisco, quien era el encargado de las calderas para las planchas.

Éramos compañeras muy queridas, teníamos mucho tiempo de estar juntas, viéndonos todos los días, y por eso nos unimos a las peticiones de los deudos, porque nuestras compañeras eran madres de familia y ahora a los hijos se les acabó su único patrimonio: su madre. Muchos niños se quedaron en la orfandad, por lo tanto tenemos que luchar, apoyar, hay talleres tan pequeñitos que tienen dos trabajadoras de la costura, y sin embargo, las mujeres allí son explotadas, hay otros de seis personas, y los grandes sí tienen entre 75 y 100 de personal, a veces 150, a veces hasta 200. Robert's que es el más grande, me dicen que tiene de 650 a 700 empleados. Toda su ropa se va para Robert's y High Life, Aurrerá, Sears, El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, París-Londres, y otras tiendas de mucho lujo. Oiga, parece que en Manuel José Othón 186, ya vio qué feo está por allí, los dueños de la Kayser hacen que las trabajadoras

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

sigan frente a sus máquinas, las obligan. ¿Ya ha ido a ver?

Este relato de Margarita Aguilar, trabajadora de Amal, fue recogido en los primeros días del sismo. En Fray Servando Teresa de Mier 285, edificio derrumbado, se encontraban en varios pisos la Corsetería, Pierre Cardin, Reina María, Tamy, Creaciones Coqui, Simonette, Origináis Nelly. Sin contar otros talleres en Fernando de Alba 63, en Justo Sierra 20, 20 de Noviembre, Iza-zaga e Isabel la Católica. De Val, en la calle de Bolívar, y Ropmex en la calle de Doctor Lucio y Garcíadiego 160. Se podían leer los nombres de Jeannette, Janet, Lody S.A., Elizabeth King, Tabe S.A., Pop, Sky Lon, Alfa Centauro de México, Nina Rubin, Mayosi, Gentry, Annabel, Bruzette, Magosi, Marivi, Confecciones Infantiles, El Capullito.

(Tomado del libro *Nada, nadie*, de la editorial Era)

Tláloc

Paco Ignacio Taibo II

*Para David Brooks que cuida Nueva York y
para Marcial que cuida la calle.*

I

Santiago contempló atentamente la horrible estatua ecuestre y dorada del general Sherman, luego giró la vista y decidió que era mucho mejor la de Simón Bolívar, que había regalado la comunidad venezolana a la ciudad de Nueva York.

Hacía un vientecillo helado que venía del océano hacia el Hudson y del que sólo podía escaparse cobijándose en las avenidas, paredes de rascacielos, el mejor paisaje urbano: árboles, vendedores de corbatas falsificadas de seda italiana y rascacielos. Las damas de la basura este año eran orientales. La miseria en Nueva York siempre parecía estar cortada por una tijera étnica. La miseria o la locura.

«Por ejemplo ésta, era una locura mexicana» se dijo Santiago y se hundió en el chamarrón forrado de piel de borrega, que lo hacía parecer un sobreviviente de la nueva ola francesa de los años 60, un Godard canoso, un Resnais sin afeitado, y abandonó Central Park para adentrarse en la Sexta Avenida.

En el quinto piso se dejó guiar por el sonido de las voces, los aplausos y el discurso en los amplificadores; más cerca incluso el tronidito de las latas de Tecate al abrirse. Las palabras salían en un inglés lleno de cadencias mexicanas, en el que se cruzaba de vez en cuando el apresurado español de alguno.

La puerta de cristal estaba entreabierta y ninguno de los asistentes a la asamblea, que estaban acodados en el gran pasillo que daba al salón de reuniones, hizo algo para impedirle el paso.

Había un pequeño escenario con una mesa, adornada por dos bocinas, y unos doscientos asistentes sentados en su mayor parte en sillas de tijera distribuidas irregularmente. Abundaban los uniformes, que cubrían la gama de la funcionalidad al exotismo: monos de trabajo color café o azul, chaquetones guinda con botones dorados, hombreras plateadas de tamaño descomunal con borlas, toda la parafernalia de un ejército desigual y derrotado. El sindicato de porteros de Nueva York estaba en sesión. Presidía desde la mesa un gigante bizco y moreno de pelo más que largo. Santiago sabía quién era; sabía muchas cosas sobre Benito Jiménez.

Sin orden ni concierto, en la asamblea se estaban discutiendo problemas extraños, como el derecho a usar los sótanos como vivienda, como el quién debía incinerar las basuras en las oficinas.

Santiago escuchaba a medias fumando un cigarrillo cerca de los ventanales. Era curioso ir descubriendo el poder que concentraban los asistentes. La

cantidad de dominio sobre la vida cotidiana de una de las ciudades más grandes del mundo. Eran estos los que abrían las puertas, cerraban los edificios, resolvían los problemas de plomería, incineraban la basura, llamaban al taxi, cubrían a la anciana con el paraguas. Eran los representantes brechtianos del poema: Nueva York florecía en las mañanas. ¿Quién limpiaba los cristales? Un millón de negocios se hacían diariamente. ¿Quién abría las puertas?

Al final de la reunión, Santiago se dirigió directamente hacia el gigante, que estaba guardando los papeles en un portafolio negro lustroso.

Santiago le soltó de sopetón:

—Creo que usted y yo tenemos un interés en común, compañero Jiménez; usted y yo tenemos un sueño.

El gigante sacó un Camel sin filtro todo arrugado del bolsillo superior de la chamarra y le dirigió una mirada torcida a Santiago.

—Usted y yo siempre hemos querido robarnos al Tláloc —prosiguió el escritor de ciencia ficción que vivía de vender seguros en Nueva York y parecía director de cine francés con veinte años de retraso.

—¿El Tláloc?

—La estatua de Tláloc.

La lluvia comenzaba a colarse por las rendijas de la cristalera. Por el rabillo del ojo, Santiago vislumbró un relámpago. Benito Jiménez sonrió.

—Ah, que la rechingada —dijo el dirigente sindical.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

—El Tláloc de Chapultepec: Coatlinchan, esa madre que mide ocho metros de alto por tres de ancho y pesa 197 toneladas. Descubierta en Los Tecomates, cerca de Texcoco. Estaba ahí en proceso de construcción, dios de ojos cerrados y brazos alzados. Bautizado Tláloc...

—Ah, ese Tláloc... —dijo Benito Jiménez.

—Ese mero —continuó Santiago. Lo trajeron a México en mayo del 64, hubo que construir y reforzar tramos de carretera, montar una troca especial con plataforma de 72 ruedas, y grúas extrapesadas... Los campesinos se quejaban de que al quitarlo no habría lluvia en la región.

—Nos quejábamos.

—Tuvieron que traer un batallón del ejército para sacarlo, porque trataron de cerrar las carreteras para que no lo pudieran sacar.

—Tratamos, pero se lo llevaron... Y luego dejó de llover.

—Luego no hubo lluvia, pero los turistas y los defechos podían verlo ahí en Reforma. —Hace 26 años... —Usted tiene como 40, ¿no?

La historia del dios de piedra parecía haber conjurado la tormenta. Santiago se había sentado en una de las sillas de tijera y miraba cómo las ráfagas de lluvia azotaban los cristales donde se podía leer invertido: «Janitors Union. Local 140».

—¿Y por qué querría yo robarme el Tláloc? —preguntó el dirigente sindical. La sala se estaba

quedando vacía. Un pequeño grupo de porteros cerraba las sillas de tijera y las iba acomodando contra una de las paredes.

—Usted solito no, el sindicato de porteros y conserjes de Nueva York, la Janitors Union entera.

—¿Y eso?

—Porque el 82 por ciento de los miembros de su asociación, porque la mayoría de los porteros de Nueva York, son nativos de una zona de México cercana a Texcoco, de Los Tecomates, de San Salvador Atenco, de Chiautla... hasta de Otumba y Nopaltepec. Campesinos o hijos de campesinos de la misma zona de la que se extrajo el Tláloc. Y ni me pregunte cómo pasan estas cosas, porque si alguien lo puede saber mejor que nadie...

El dirigente sindical le dirigió a Santiago una mirada penetrante acentuada por su bizquera.

—Ya ve. Se migra así. Uno tiene un compadre, y el compadre un amigo, y hace más de 20 años uno recomienda, y luego viene otro y luego como que la hacemos bien... Cuando yo llegué a Nueva York los porteros eran italianos y polacos de salida y estaban llegando los portorriqueños... Y cuando dejó de llover empezamos a llegar nosotros...

Los porteros rezagados, entre bromas dejaron de colocar las sillas. Benito, despidió con un gesto al último grupo. Alguien le recordó que apagara las luces de la escalera... Seguía lloviendo.

—Sale, supongamos que el sindicato de Janitors de Nueva York quiere robarse el Tláloc por

razones patrióticas y devolverlo a sus verdaderos propietarios... ¿Y usted, por qué podría querer robarse el Tláloc?

—Porque de ahí salieron las grandes manifestaciones del 68.

Benito se rió, frotándose las manos.

—¿Y cómo nos la vamos a robar, amigo?

Santiago alzó los hombros. A tanto no le daba la imaginación. Bastante había sido atar dos cubos tan lejanos que conectaban aquel monstruo de piedra de 197 toneladas, presidiendo el paseo de la Reforma y este local en un quinto piso de la Sexta Avenida en Nueva York.

II

El portero que estaba entregando la correspondencia, miró cauteloso hacia ambos lados del pasillo, y al verificar que estaba vacío se coló a las oficinas centrales de una empresa de ingeniería llamada W.I. Al fondo, uno de los despachos permanecía con las luces encendidas. Harry Walpole trabajaba tarde de nuevo.

—Buenas noches, Matis, *want some coffee?*

—preguntó el gringo alzando la cabeza de sus documentos al reconocer la familiar figura del conserje.

—Inge, ¿de qué tamaño tiene que ser una grúa para levantar una piedrota de 197 toneladas? ¿Qué clase de grúa hay que usar? ¿Quién distribuye esas grúas en México? El gringo desconcertado chapurreó

en español: —¿Piedrota? ¿Qué tamaños *How many tons, you said?* Y sin darse cuenta ya estaba sacando su calculadora y buscando encima del revoltijo de papeles de su mesa un catálogo de equipos pesados. Los cristales de la ventana repiquetearon alegremente cuando comenzó a llover.

III

Santiago le mostró a Benito una fotografía del Tláloc. Las dimensiones de la piedra las daba el propio Santiago colocado al lado de la mole, acariciando la enorme viga con la que el dios estaba anclado a tierra. Estaba lloviendo aquel día en el DF.

—Sea lo que sea hay que librarse de la viga.

Al día siguiente don Pablo Rozadas y don Jerónimo Santiesteban se dieron una vuelta por Shean Construction y se compraron un enorme soplete de acetileno. Fue una lata cargarlo en una camioneta a mitad de la lluvia y llevarlo al sótano de un edificio de oficinas en la calle Hudson.

IV

Estaban paseando por la calle 42, rodeados de padrotes, negros andrajosos sonados por el *crack* y griegos viejos que buscaban putas; todo ello mezclado con turistas de Texas, luces de neón que anunciaban pornografía, nigerianos de un negro azabache vendedores de cinturones, adolescentes autistas viviendo en

el universo *walkman* y muy profesionales carteristas. Varias músicas se cruzaban en el aire, dominando la de una mujer negra de unos sesenta años vestida como estatua de la libertad, que tocaba un órgano.

—No hay que levantarlo, ni que alzarlo veinte metros, ni que subirlo con una grúa —dijo Santiago. Hay que hundirlo. Zuum... Pa'bajo. Por abajo viaja el metro, volamos un cacho de Reforma y lo bajamos por el agujero, lo hacemos descender con cuidado y lo colocamos en una plataforma, como un vagón de metro sin paredes. De ahí sólo es cosa de llevarlo hasta la zona donde el metro sale a la superficie.

V

A las tres de la mañana, y sin que nadie les hiciera el más mínimo caso, los porteros del edificio Astoria en la calle Lexington, vestidos con su habitual uniforme azul marino con hombreras doradas, pero extrañamente desprovistos de la gorra de plato y en su lugar coronados con unos paliacates rojos que les hacían parecer un par de apaches esotéricos, entraron en las oficinas de la Compañía Internacional de Carros de Ferrocarril y se robaron todas las fotos que pudieron encontrar de plataformas y vagones. Los ladrones eran un par de hombres morenos, de más de cincuenta años, muy serios, con canas en las sienas.

VI

—Imposible —dijo Santiago arrojando al suelo el compás. Sobraba panza o sobraba espalda del Tláloc para poder subirlo al metro.

Benito recapituló:

—Entonces... por el drenaje profundo.

—Imposible, no hay canalizaciones cerca —resumió Santiago.

Estaban sentados en una de las esquinas del enorme salón del sindicato. Benito firmaba formatos de adhesión de nuevos miembros.

—Ya todo está cambiando... Mira...

Señaló las fichas de ingreso:

—Salvadoreños, nicaragüenses, etíopes, senegaleses...

—Y si lo volamos. Por ejemplo: lo cortamos en cachitos, en pedazos, lo retaceamos. Nos llevamos las pinches piedritas y luego lo armamos de nuevo.

Benito lo miró fascinado. Este pinche loco era peor que él. Había que tener güevos para volar el Tláloc. No sabía si él mismo se atrevería a tanto.

Santiago se ruborizó ante la penetrante mirada bizca del gigante.

VII

A las ocho y media de la mañana cuando cruzaba a paso rápido por la sala Helénica del Museo Metropolitano de Nueva York, el doctor Linus Taylor fue

detenido por un par de porteros del Met. Trató de escaparse argumentando la falta de tiempo hasta su próxima cita, pero los porteros, balbuceando incoherentes excusas en español, lo condujeron hacia uno de los baños, y desplegaron ante él fotos y papeles.

—¿El qué?!—preguntó sorprendido el egiptólogo mirando más atentamente a sus dos interlocutores.

VIII

Santiago mojó su dona en un café.

—¿Qué dice el curador de la sala egipcia del Met?

—Ni madres, si le metemos dinamita nunca lo vamos a poder reconstruir.

—Vuelta a empezar. Benito Jiménez asintió.

—¿Y si en lugar de llevarlo, simplemente lo hacemos desaparecer? Que los que lo están viendo ya no lo puedan ver. Que esté allí, pero que ya no esté...

Benito contempló atentamente a Santiago, luego le quitó su taza de café y la olió.

—Sí, chinga, cubrirlo con algo... —insistió Santiago.

IX

La asamblea del jueves de la Janitors Union. Local 140 discutió al paso, sin darle demasiada importancia, como al descuido y en el punto 17 de la orden

del día, la aprobación de una cuota extraordinaria de siete dólares por cada uno de sus miembros, destinada a la «Operación Solidaridad Mexicana». Elmer Brown, delegado de un grupo de porteros de edificios de oficinas al sur de Queens, y de origen jamaquino, protestó en voz alta, pero la mirada de su compadre y codelegado de la zona, Atanasio Rivera, lo hizo callar. ¿Qué se traían estos tipos en mente? Atanasio le guiñó el ojo para acabar de hacer más profundas las dudas que roían el alma del veterano sindicalista.

—Es pa' los niños pobres de Tuxtla Gutiérrez, para hacerles unos juegos infantiles —le dijo Ramón Gómez, otro de los viejos fundadores del sindicato.

—Son sólo siete dólares, no la hagas de pedo —le informó Catarino Villavicencio, que era su cuñado. Y por eso de estar casado con una mexicana, Elmer entendió que deberían estar cocinando algo importante y absolutamente ilegal. Y que cuando decían «no hacerla de pedo», él miraba para otro lado...

X

—Hey, *brother*, tú que le sabes... —le dijo el conserje mexicano a un *office boy* portorriqueño de rostro castigado por el acné.

—No, pues miden la casa, la desarman y luego la levantan y se la llevan y luego la ponen en otro lado.

—¿Así nomás?

—Bueno.

A la hora del *lunch*, el portorriqueño bajó hasta el sótano donde en medio de los quemadores de basura, él y el portero estudiaron toda la folletería de la empresa que se acababa de robar. Una fuerte tormenta se desató mientras los dos personajes le daban vuelta a los papeles y el agua se colaba por abajo de la fila de lavadoras automáticas.

—Desde que me escapé de la escuela no había estudiado tanto —dijo Laureano Bañuelos.

XI

—¿Y un pinche mago? —le sugirió Benito Jiménez a Santiago, mientras tomaban en una *delicatessen* unos *sandwiches* de salami de Génova con provolone.

—Un mago de esos que desaparecen cosas, que desaparecen la Estatua de la Libertad, de esos, como el Copperfield —repropuso Santiago con la boca llena. ¿Cómo le hace ese güey?

—Todo fuera tan fácil como eso, mano, ¿quién crees que manda en Nueva York? —dijo Benigno.

Santiago no contestó porque se estaba quitando migas de pan de la barba.

Al día siguiente, los porteros del edificio de la Quinta Avenida donde vivía David Copperfield tocaron tímidamente a la puerta del ilusionista.

El mago apareció en pijama de seda lila en la puerta, contempló los rostros habituales y esperó que le entregaran correspondencia, hablaran del agua o

pasaran a recoger la basura. Pero los tipos lo miraban en silencio. Comenzó a llover.

—Don David, le traemos un encarguito, *a small problem, you know? But very important for us.*

XII

Santiago volvió a ver el sistema de espejos gigantes y reflectores que estaba dibujado esquemáticamente y se quitó el sudor de la frente.

—No sirve —dijo Santiago. Es demasiado espectáculo, y crea los mismos problemas. Ahora que es maravilloso, ¿eh?

—No sirve —confirmó Benito. ¿Qué hacemos después de que lo desaparecemos? ¿Cómo lo quitamos de verdad?

Santiago resumió: —Me rindo, mano.

Y entonces, Benito Jiménez se levantó de la silla y dijo: —Sólo hay de una, llevarlo como se lo trajeron.

Y ante tan afortunada idea caminó pausado hasta uno de los *lockers* y sacó una botella de tequila Orendain para brindar.

XIII

Estaba lloviendo a raudales cuando en Nueva York se produjo la misteriosa epidemia que afectó la semana laboral de un centenar de porteros. A unos les nacie-

ron nietos, otros cayeron en cama con una maligna gripe asiática, otros pidieron vacaciones que habían pospuesto durante años para ir a México, otros se intoxicaron con camarones japoneses, otros se rompieron una pierna al salir del elevador, otros simplemente se desvanecieron y en su lugar apareció algún joven paquistaní.

Estaba lloviendo a cántaros en el DF, cuando en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México aparecieron durante un par de días un montón de viejos emigrantes que se acogían al programa Paisano y que reclamaban su pasaporte y su mexicanidad, y que querían ver a sus nietos y volver a ver los volcanes y comer carnitas en Texcoco.

Llovía furiosamente cuando Benito Jiménez le mostró a Santiago la vieja plataforma de 72 ruedas arrumbada en unos almacenes de la Secretaría de Obras Públicas allá por el rumbo de Los Reyes.

Llovía furiosamente cuando la secretaria Marisa Ceballos descubrió que le habían abierto el cajón donde guardaba una copia del protocolo del INAH sobre la limpieza y conservación de monumentos prehispánicos.

Llovía a lo desesperado, mangas de agua azotando los cristales del automóvil, ratas flotando ahogadas, inundaciones en el Periférico, cloacas que escupían surtidores, calles inundadas llenas de hojas arrancadas por el agua a los árboles.

Dejó de llover un rato la tarde y las primeras horas de la noche del lunes, cuando una brigada fan-

tasmagórica del INAH comenzó a recubrir Tláloc con una enorme manta para limpiarlo...

XIV

A

En la mañana del martes 13 de octubre, el director del Museo de Antropología e Historia volteó desde su ventana para contemplar el paso de los automóviles a través de los árboles.

Algo estaba fuera de lugar. Algo le faltaba al paisaje habitual. Desconcertado saltó de la silla para buscar una nueva perspectiva...

B

—A mí me gustaban las películas de vampiros, ésas de Germán Robles, en las que había luchadores y gorditas en *bikini*.

—No, yo soy un comemierda y un intelectual, a mí me gustaban las de cineclub, y en blanco y negro— contestó Santiago.

Llovía a cántaros en Los Tecomates. Santiago y Benito caminaron hasta la puerta del garaje brincando los charcos, saltando el pequeño torrente que comenzaba a formarse a mitad de la calle.

—Está cabrona la lluvia, ¿verdad? —dijo el sindicalista.

Antología ADO GL 1. Lee mientras viajas

—Está, está —dijo el escritor y vendedor de seguros, y apoyó la mano en la patita de la mole de piedra que asomaba por la puerta mal cerrada del garaje.

(Tomado del libro *Sólo tu sombra fatal*, editorial Planeta)





José Agustín

Nació en Acapulco, el 19 de agosto de 1944. Narrador, guionista de cine, periodista, traductor y dramaturgo. Estudió letras clásicas, dirección cinematográfica, actuación y composición dramática. Fue profesor en la Universidad de Denver, EU., y participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa, EU. Ha sido conductor y productor de programas culturales de radio y televisión; y coordinador de diversos talleres literarios.

Ha colaborado en distintos suplementos y revistas. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores de 1966 a 1967, y de la Fundación Guggenheim en 1978. Ganó el Premio Latinoamericano de Narrativa Colima/Instituto Nacional de Bellas Artes 1993 para obra publicada por *Ciudades desiertas*, además recibió el Premio Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, por su trayectoria literaria y su aporte a las letras mexicanas, en las VI Jornadas Alarconianas en Taxco, Guerrero, 1993.

Parte de su obra ha sido traducida a varios idiomas e incluida en antologías de México y del extranjero. Entre su prolífica obra, pueden mencionarse los siguientes textos: *El rock de la cárcel*, México; Joaquín Mortiz, 1984; *Se está haciendo tarde*, Joaquín Mortiz, México, 1973; *El rey se acerca a su templo*, México, Leo-Mex, 1977; *Ciudades desiertas*, México, Edición, 1982. *Inventando que sueño*, México, Joaquín Mortiz, 1968; *No hay censura*, México; Joaquín Mortiz, 1988; *Tragicomedia mexicana I. La vida en México de 1940-1979*; México: Planeta, 1990; *Tragicomedia mexicana II. La vida en México de 1970-1988*; México: Planeta, 1992; *La mirada en el centro, cuento* (1964-1977); México: Joaquín Mortiz, 1977; *Furor matutino*, México: Diana, 1984.

Bernardo Fernández

También conocido como “Bef”. Escritor, historietista y diseñador gráfico. Destacado en las tres disciplinas, se le conoce sobre todo como autor de la novela policiaca *Tiempo de alacranes*, ganadora del Premio de Novela Policiaca *Una vuelta de tuerca* en México y el Premio Memorial Silverio Cañada en la Semana Negra de Gijón. Es uno de los más reconocidos escritores de ciencia ficción en México. Fue secretario de difusión de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (1996-1998), es coeditor del *fanzine Sub*, de aparición esporádica, y es cofundador de la editorial Pellejo/Molleja. Estudió la preparatoria en el Centro Universitario México y se graduó como diseñador gráfico en la Universidad Iberoamericana.

Ha publicado: *Tiempo de alacranes* (Joaquín Mortiz, 2005), *Gel azul* (Parnaso, 2006; incluye El estruendo del silencio), *Ladrón de sueños* (Almadía 2008), *Ojos de lagarto* (Planeta, 2009), *¡¡Bzzzzzzzt!! Ciudad interfase* (Times Editores 1998), *El llanto de los niños muertos* (Tierra Adentro, 2004), *Error de programación* (Conaculta/Corunda 1997), *Cuento de hadas para conejos* (Alfaguara infantil/Conaculta) y *Groar* (Conaculta 2007), entre otras.

Efraín Huerta

Nació en Guanajuato el 18 de junio de 1914; murió en 1982. Hizo sus primeros estudios en León y Querétaro. En la ciudad de México cursó la preparatoria y los primeros años de la carrera de Leyes. Fue periodista profesional desde 1936 y trabajó en los principales periódicos y revistas de la capital y en algunos de provincia. Fue también crítico cinematográfico. Perteneció a la generación de *Taller* (1938-1941), revista literaria que agrupó entre otros, a Octavio Paz, Rafael Solana y Neftalí Beltrán. Viajó por los Estados Unidos y Europa. El gobierno de Francia le otorgó en 1945 las Palmas Académicas. En 1952 visitó Polonia y la Unión Soviética.

Dentro del grupo que integró la generación de *Taller*, Efraín Huerta se distinguió por su sana conciencia lírica, por su apasionado interés por la redención del hombre y el destino de las naciones que buscan en su organización nuevas normas de vida y de justicia. Sus primeros libros: *Absoluto amor* y *Línea del alba* están incluidos en *Los hombres del alba*, además de su obra publicada en revistas hasta 1944. El amor y la soledad, la vida y la muerte, la rebeldía contra la injusticia, su lucha contra la discriminación racial, la música de los negros, la política y la ciudad de México, son los temas más frecuentes de su poesía. Recibió el Premio Nacional de Poesía en 1976.

Mónica Lavín

Escritora y periodista. Estudió biología en la UAM-Xochimilco. Asistió al taller de Mempo Giardinelli. Es autora de libros de cuentos: *Cuentos de desencuentro y otros* (Col. Letras Nuevas, SEP_CREA, 1986), *Nicolasa y los encajes* (El Volador, Joaquín Mortiz, 1991), *Retazos* (Editorial Taba, 1995), *Ruby Tuesday no ha muerto* (Diana-Difocur de Sinaloa, 1998), *La isla blanca* (Lectorum, 1998) y *Por se villanas* (ISSTE, colección ¿Ya leíste?, 2000); de las novelas *Tonada de un viejo amor* (Col. Aura, Selector, 1996), *Cambio de vías* (Plaza y Janés, 1999) y *Café cortado* (Plaza&Janés, 2001); las novelas para jóvenes: *La más faulera* (Plaza & Janés, 1997) y *Planeta azul, planeta gris* (ADN y CNCA, 1998).

Ha colaborado en publicaciones de divulgación cultural y científica. En 1996 recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen por el libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto*. En 2001 recibió el Premio Narrativa de Colima para obra publicada, por su novela *Café cortado*. Es maestra de la Escuela de Escritores de SOGEM (cuento), imparte talleres de narrativa, colabora en diversas publicaciones, tiene una columna semanal en la revista *Vértigo*, escribe la *Revista de la Universidad* (UNAM).

Guadalupe Loeza

Escritora mexicana, autora de numerosos libros en los que ironiza acerca de la clase alta mexicana. Algunos de sus publicaciones son recopilaciones de sus artículos publicados en periódicos como *Unomásuno* y *La Jornada*. Actualmente es columnista del periódico *Reforma*.

Algunos de sus libros publicados son: *Las niñas bien* (1985), *Las reinas de Polanco* (1986), *Primero las damas* (1988), *Los grillos y otras grillas* (1990), *Compro, luego existo* (1992), *Obsesiones* (1994), *Manual de la gente bien I* (1995), *Manual de la gente bien II* (1996), *Sin cuenta* (1997), *Mujeres maravillosas* (1997), *El ángel de nuestras nostalgias* (1998), *Ellas y nosotras* (1998), *Obsesiones de Sofía* (1999), *La factura* (1999), *Debo, luego sufro* (2000), *Los de arriba* (2002), *Las yeguas finas* (2003), *Hombres maravillosos* (2003), *Simplemente Martita* (2004), *Por los de abajo* (2005), *Terremoto* (2005), *Siempre estará París* (2005), *Por medio de la presente* (2006), *Confieso que he leído...¡Hola!* (2006).

Cristina Pacheco

Periodista y escritora que nació en San Felipe Torresmocha, Guanajuato. Estudió Letras Españolas en la UNAM. Inició su labor periodística en 1960, en los diarios *El Popular* y *Novedades*, en 1963 colaboró en la revista *Sucesos* con el seudónimo de “Juan Ángel Real”. En 1977 se integró al equipo de colaboradores de la revista *Siempre!*; publicó también entrevistas, crónicas y artículos en los periódicos *El Sol de México* (1976-77), *El Día* (1977-85). Donde publicó la sección “Cuadrante de la Soledad” y en *La Jornada*, a partir de 1986, donde apareció con su sección “Mar de Historias”. Fue jefa de redacción de la *Revista de La Universidad*. Desde 1980 conduce la serie de televisión “Aquí nos tocó vivir”, que se transmite semanalmente por el canal Once.

Entre sus libros destacan: *Para vivir aquí* (1983), *Orozco*, *Iconografía personal* (1983), *Sopita de fideo* (1984), *Testimonios y conversaciones* (1984), *Zona de desastre* (1986), *Cuarto de azotea* (1986), *La última noche del tigre* (1987), y *La luz de México* (1989). Ha recibido el Premio Nacional de Periodismo (1975-1985) y el premio de la Asociación Nacional de Periodistas (1986), entre otros.

Elena Poniatowska

Periodista y narradora, nacida en París, Francia. Hija de una mexicana, Paula Amor, y un noble polaco. Radica en México desde 1942. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, de 1957 a 1958; ingresó al Sistema Nacional de Creadores Artísticos, como creador emérito, en 1994.

Entre sus textos destacan las novelas: *Hasta no verte Jesús mío* (1969), *Querido Diego, te abraza Quiela*, (1978), *La flor de Lis* (1988), *Tinísima* (1992) y *La piel del cielo* (2001); los ensayos: *Todo empezó el domingo* (1963), *La noche de Tlatelolco* (1971), *Nada, nadie. Las voces del temblor* (1988), *Juchitán de las mujeres* (testimonio, 1989); las colecciones de cuentos: *Lilus Kikus* (1954), *De noche vienes* (1979), *Métase mi prieta entre el durmiente y el silbatazo* (1982); y los libros de entrevistas: *Palabras cruzadas*, (1961), *Domingo 7* (1982), *Todo México* (1990) y *Todo México, vol. II* (1994).

Ha recibido múltiples premios entre los que pueden citarse: Premio Nacional de Periodismo (fue la primer mujer que recibió esta distinción) por sus entrevistas (1978), Premio Manuel Buendía (otorgado por varias universidades de México), por méritos relevantes como escritora y periodista (1987), Premio Mazatlán de Literatura, (1992), por *Tinísima* y el más reciente, Premio Alfaguara de Novela 2001, por *La piel del cielo*.

Vicente Riva Palacio (1832-1896)

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedará marcada en periódicos como *La Orquesta* y *El Ahuizote*. Riva Palacio participa como un activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras. Combatiente como coronel republicano en la guerra contra la intervención norteamericana y el Imperio de Maximiliano. El género que más le sonríe siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y *sketches* teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica *El libro rojo*, un breviario de la violencia dentro de nuestra historia nacional. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en *Tradiciones y leyendas mexicanas* (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino, para publicar *Flores del alma* (1875). Algunas de sus obras de teatro son: *El tirano doméstico* (1861), *Las liras hermanas* (1861), *La politicomanía* (1862), *La hija del cantero* (1862), *Temporal y eterno* (1862), *Martín el demente* (1862), *La policía casera* (1862); las novelas: *Monja, casada, virgen y mártir* (1868, reeditada en 1986), *Martín Garatuza* (1868), *Calvario y Tabor* (1868), *Las dos emparedadas* (1869), *Un secreto que mata* (1917); los ensayos: *Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada* (1875), *Historia de la guerra de intervención en Michoacán* (1896), *México a través de los siglos, tomo 2: El virreinato. Historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808* (1884-1889); los cuentos: *Cuentos de un loco* (1875) *Cuentos del general* (1896); y de poesía: *Flores del alma* (1875, bajo el seudónimo de Rosa Espino), *Mis versos* (1893), *Páginas en verso* (1885), *Adíos, mamá Carlota* (1866).

Paco Ignacio Taibo II

Periodista, autor de novelas históricas y policíacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla toda su carrera de cronista, historiador y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammett y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Su más reciente publicación es *El Retorno de los Tigres de la Malasia*, publicado por Editorial Planeta.









**Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes de mayo de 2011.**

**El tiraje fue de 10,000 ejemplares para su
distribución gratuita y es cortesía de ADO Y
EMPRESAS COORDINADAS, S.A. DE C.V. Y PARA
LEER EN LIBERTAD A.C.**

Queda prohibida su venta.

Todos los derechos reservados.